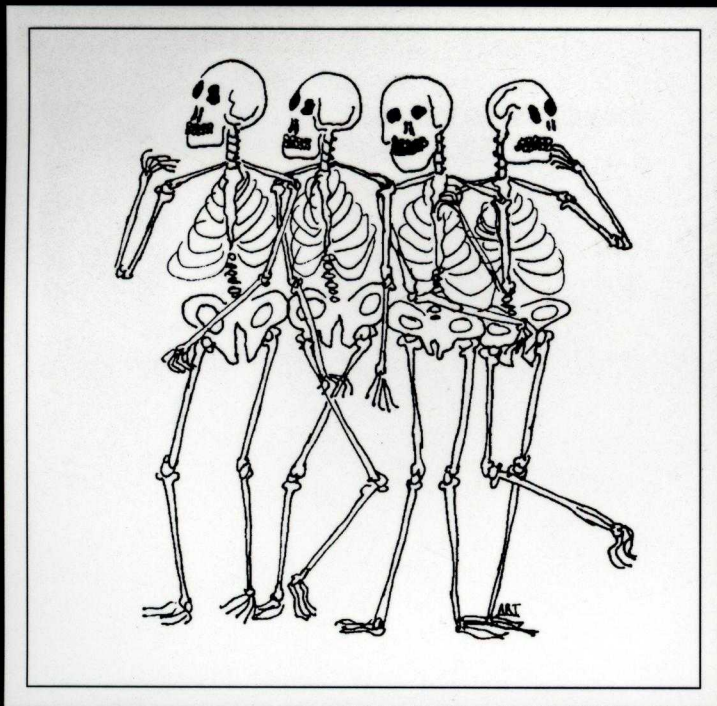


ANTOLOGÍA HISPANA DEL SONETO TANÁTICO

Tomo I

PRÓLOGO Y ANÁLISIS ARQUETÍPICO
FREDO ARIAS DE LA CANAL



FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A. C.
MÉXICO, 2002

ANTOLOGÍA HISPANA
DEL
SONETO TANÁTICO



FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A. C.

Castillo del Morro #114

Lomas Reforma

11930 México, D.F.

FAX 55-96-24-26

E-mail: ivanfah@prodigy.net.mx

MÉXICO

**ANTOLOGÍA HISPANA
DEL
SONETO TANÁTICO**

Tomo I

**PRÓLOGO Y ANÁLISIS ARQUETÍPICO
FREDO ARIAS DE LA CANAL**

**FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A. C.
MÉXICO, 2002**

PRÓLOGO

Norma Suiffet, quien con su finado esposo Rubinstein Moreira fueron los fundadores-directores de **La Urpila** –revista poética que cumplió 20 años de existencia– en el número Julio-Diciembre del 2000, en el preámbulo a su poema mayor: **Una medalla azul de lapislázuli**, confesó lo siguiente:

Estos poemas fueron compuestos en dos etapas, tal como sus fechas lo atestiguan. Surgieron misteriosamente, como **dictados por una voz interior** que deseaba expresar una idea y la plasmó en **símbolos**: una **medalla**, el **azul**, y el **lapislázuli**. El azul se refuerza, integrándose al color intrínseco del mineral que lo engloba. Interpretarlos es misión del lector. Las dos etapas fueron también misteriosas. Los poemas manuscritos, quedan depositados en un anaquel y olvidados. Años después, resurgieron en un momento trágico de mi existencia. Volvieron los **símbolos**, como catarsis de la crisis y otra vez yacieron en el mismo anaquel. Hace poco tiempo, renacieron. Ya no hay tercera etapa: así cumplió la **voz misteriosa**, su misión de esperarzar un alma yacente en un ocaso gris, y ahora están listos para ver la luz. Tal vez pueda, mi **Medalla azul de lapislázuli**, transmitir optimismo, sembrar esperanzas en otras almas inmersas en otro ocaso gris, y les ofrende un amanecer luminoso.

UNA MEDALLA AZUL DE LAPISLÁZULI

Una **medalla azul de lapislázuli**
surgió tras las **esfinges y columnas**.
La tomé entre mis manos y su rostro
formaba **estrellas** y alternaba líneas.
Esa **medalla azul de lapislázuli**
un suspiro encerraba de una reina
y tras su cuerpo eterno e inmutable
guardaba de una diosa tibia lágrima.
La estreché entre mis manos conmovida,
la llevé hasta mis **ojos** y mis **labios**
y el suspiro de la reina entró en mi pecho,
y la lágrima divina halló en mis **ojos**
el nido esperanzado por los siglos.
La llevo para siempre en tibio engarce
palpitando en mi piel, entre mi **pecho**,
aleteando en el **sol** de mis cabellos
y en la **brisa** sin color con que suspiro.
La llevo entre mi ser como vestigio
de la reina que fui desde un suspiro,
de la diosa que fui tras una lágrima.

Cuando en tiempos absurdos fui una esclava,
llevaba **rosas** en lugar de manos.
Mis cadenas flotaban por los aires
y mis fuerzas en **astros** se perdían.
Era esclava de reinas vencedoras
que rendían a sus reyes pleitesía,
y no sabían de mi libre flotar en el espacio
y de las **rosas que ardían** en mis manos.

Ellas vieron la noche entre los **soles**
y yo **vi que el brillar** de las tinieblas
escalaba las **rosas** de la aurora.
Una noche, subida en las terrazas
de un heroico castillo invulnerable,
bajó al **pecho de mármol** que me envuelve,
una **medalla azul de lapislázuli**.
Su **brillar** era rosas celestiales,
su rumor, era **brisas** en la tarde,
su temblar, **títilantes astronaves**,
su tibieza, la **luz de las estrellas**.
Por esa sola **medalla azul de lapislázuli**
yo, la esclava de **mármol** y de **rosas**,
fui libre en noche **azul iluminada**,
fui cálida en mi **piedra** y en mi idea,
fui viajera del tiempo en su misterio,
fui la eterna creyente de mi **estrella**,
de esa **medalla azul de lapislázuli**.

Una **paloma** llevaba entre su **pico azul** trofeo.
Atravesó los cielos de la historia
contemplando la guerra,
su **azul trofeo** enmudeció las **flechas**.
Siguió su ruta sin que su presencia
rozara a reyes belicosos.
Llevaba entre su **pico azul** trofeo.
Volaba la paloma los cielos de la historia
y sus **ojos de luz** palidecían.
Vio el dolor y la **muerte** de los niños
y supo que el odio de los hombres
oscureció los cielos.

Tenía envuelto en su **pico**
azul trofeo.
No supo más volar por cielos grises
y quiso que la historia se borrara.
Arrojó a los abismos de la tierra
su tesoro inmutable.
Sobre la faz cetrina de una niña
cayó del cielo, una mañana de **oro**,
una **medalla azul de lapislázuli**.
(13/II/1984)

Besaba el mar todo fanal de vida
y brincaba un pez en cada ola.
La **brisa eterna con su luz** vivida
dibujaba una espiral de caracola.

Un **coral alegre el rojo de su herida**.
Rizaba el alga de verde su corola.
Sobre el **agua de arcano sol** teñida,
el gris delfín danzaba entre su cola.

En el fondo celeste de los mares
yacía inmune en su cofre nacarino
la **azul medalla** absorta en su inocencia.

Bajé en mi escala a los profundos lares
y rebasando su légamo alcalino,
estreché su cuerpo de **azul iridiscencia**.
(16/II/1984)

El niño oyó el sonar de caracolas
como un corno de mar en los abismos.
Certo canto de **luz** y de esperanza
llenó su **pecho** huérfano de besos.

Corría por la selva enmarañada
seguro de tener junto a su mano
el pelaje del **tigre** remanchado,
la melena del **león** rojo e hirsuto.
Corría entre las ramas y los troncos
oyendo la canción de la distancia.
Una **gota de luz**, una caricia
y el **leopardo** su sonrisa le brindaba.
Era niño.

Llevaba entre sus manos
un lazo de negro terciopelo
que buscaba en laberintos y pasajes
el dije que su símbolo expresaba.
El rugido dejó paso al silencio.
El niño huérfano,
una mano de **luz** **alzó a la fiera**
y el **león** sonriéndole gozoso,
le brindó, entre sus **garras** escondido
el tesoro que buscara por la selva:
una **medalla azul de lapislázuli**.

(17/II/1984)

Sobre el verde de **luz** flotan espíritus.
Nadie percibe su existencia.
Riela en el mar plata de **soles**
y en cada punto de **luz**
flota un espíritu.
Nadie percibe su latido.
Cruza un ave la seda del espacio
y porta una **cascada** en cada ala.
Nadie percibirá jamás sus aleteos.

Y allá, en el confín de las **galaxias**
enredo entre mis trenzas destrenzadas
una **medalla azul de lapislázuli**.

(18/I/1984)

Cuando las **aguas** rompan los escollos
y se expandan por las playas solitarias;
cuando broten **cascadas de los riscos**
de la greda rojiza del desierto:
cuando arenas estériles se pueblen
de follajes lujuriantes tropicales,
y **estrellas** apagadas en los cielos
retornen a la **luz** que se extinguiera;
cuando **gotas de rocío** se conviertan
en **gemas irisadas**
y las lágrimas tristes del doliente,
en copos de alegría;
cuando rían los aires y las **brisas**,
y las nubes no rujan ni destruyan,
y el soldado arroje sus **fusiles**
al pozo más sombrío del espacio;
cuando todo estalle en **luz**, en cantos y aleluyas,
luciré en mi pecho tremolante,
como enseña de paz, como trofeo,
aquella **medalla azul de lapislázuli**.

En mi mano el recuerdo se expandía.
De mi alma sus **luces** y sus cantos
brotaron en cascada.
Recordaba su forma, su sonido,
su textura de extraño pulimento,
el color más profundo que los cielos,
y la suave ternura de su roce.

De pronto, el deseo de tenerla,
de juntar entre su forma mis dos manos,
dominaba mi alma y mis anhelos.
Me acerqué al joyel donde reposa.
Una música alada abrió su vuelo
cuando subí la tapa perfumada
del cofre de sándalo y de seda.
Y allá, al fondo, engarzada
en el canto de un recuerdo,
brillaba enamorada del espacio
mi **medalla azul de lapislázuli**.

(12/III/1984)

Una voz de campana en el espacio
traspasó de las nieblas el contorno.
Tenía eco de plata su sonido
y una **gota** de paz en el mensaje.
En el cielo se alzaba tibiamente
una **medalla azul de lapislázuli**,
y en el confín sutil del horizonte
juntaron **luces**, sonidos y colores,
la voz de la campana en el espacio
y la **medalla azul de lapislázuli**.

La lluvia que recubre los confines
toca arpas, panderos y violines.
Con dedos tenues empapa los tejados
y pinta verdes estrías en los prados.
Escala **rocas** y cumbres de los mares;
algunas almas modela con pesares
y siempre vuelca de grises esperanzas,
esfumino en líricas distancias.

La **lluvia** pone un son en la ventana
cuando forma su collar cada mañana
y llora penas, pero ríe gozos
cuando estalla, exultante, entre los pozos.
Este día, la **lluvia** fue mensaje
de una comarca etérea en mi paisaje.
Para darte mis plácemes serenos,
puse en mis manos dos espacios llenos
de esperanza, de amor, de poesía
y le brindé rendida pleitesía
a la **medalla azul de lapislázuli**.

(16/III/1984)

Encendíanse estrellas en la noche del mundo,
pero todo fue extraño en cada **rayo**.
Una **luz** sin espacios ni sonidos
invadiendo las selvas, los **ríos**, las estepas.
Una **luz** sin sonido.
Doblé la ruta serpenteante y quieta
para asomarme al infinito.
Eran **luces** sin espacio, sin sonido,
las que pendían lánguidas.
Extraño tema para mi conciencia.
Quise ver más hondamente,
y de pronto, un perfume de **rosas**,
un aroma de **estrellas**,
un hálito de pámpanos dormidos
ennobleció mis **ojos**.
Confusa, estremecida, busqué entre la negrura
con **luceros** y cánticos,
el bálsamo, o tal vez el pebetero
que exhalara el perfume.
Todo fue en vano.

Extática yacía entre los **rayos**
sin sonido y sin espacio,
cuando al fin volví a mi **pecho**
una mirada ausente que rondaba
por mis **ojos** cerrados.
Allí, aromando de almizcles y jazmines,
como rosas y nardos y violetas,
con flores nuevas y perfumes no vividos,
brillaba cual estrella,
más que estrella,
mi medalla,
esa medalla azul de lapislázuli.

(20/III/1984)

Las hojas, caen, **amarillas**
sobre líquenes verdes alfombrados.
En cada rama late una **gota** huérfana
al surgir prados espacios sin amparo.
Su tesoro **aurífero** fue cayendo en cascada
despintando los bosques pintados del otoño,
y en medio del adusto vacío de las ramas
destaca alguna verde tupida cabellera.
Paseaba mi sonrisa sobre el bosque de otoño
y entre las hojas sepias
jugaban lagartijas charoladas.
Paseaba mis ensueños
y entre las hojas verdes
los nidos que quedaban
eran hogar refugio de los pájaros
que no habían huido.
Paseaba mi tristeza
entre la **brisa** inerte de perfumes.

Y allá, en los confines de mi bosque,
alzada como **luna** impredecible
sentí una presencia y un susurro.
¿Sería acaso aquella remota y olvidada
medalla azul de lapislázuli?

(14/VI/1984)

¿Cómo se me ocurrió el misterio de inventarte
con el **brillo** que tiene su armonía,
con la estampa repujada en tus espacios,
con un rostro sin forma ni esperanza?
¿Cómo surgiste un día de mi alma
con el nombre de **estrella** que traías
y la voz de cantantes ilusiones?
¿Cómo fue, dime, cómo?
Crear es un milagro de los dioses,
acto de amor, secreto de las almas,
y tú naciste de mí, como mi hijo,
con símbolo proteico en tus entrañas,
con velas blancas henchidas por el aura,
con arco iris por jarcias y regazo.
Tú naciste de mí
y fue creciendo tu fuerza quedamente.
No era libre mi numen para darte
el golpe de **cincel** que te esculpiera.
Y al fin, cuando enarbolo
libertas mis banderas a los aires,
tú vuelves con misterios en el alma,
y me gritas de lejos y de cerca:
¡Heme aquí, tu **medalla**,
tu **medalla azul de lapislázuli**!

(20/V/1985)

¡Pasaron tantos días!
¡Rodaron tantas **guijas** por la arena!
Mi vida no era **luz** en mi poema.
¡Rasgaron tantos **rayos** los espacios!
¡Rieron tantas **fuentes** sus campanas!
Mis días retornaron sus jornadas
con angustia de lentos **resplandores**.
Yo la creí perdida para siempre.
Las horas que te atrapan,
las ansias que te oprimen
y mi **medalla azul de lapislázuli**,
perdida para siempre.
Pero entonces, llegó la **luz** del alba.
La noche se hizo día lentamente.
Pensé que acaso luego
lograra rescatarla, tenerla entre mis manos,
aquella mía, **medalla azul de lapislázuli**.
Y fue,
y fue el milagro,
y fue sonrisa,
gota de sol,
ancla de **luz**,
punto de gloria.
Ahora tengo aquí,
junto al pecho,
para siempre
aquella perdida
medalla azul de lapislázuli.

(20/V/1985)

Aquel **cometa de luz** rasgó los cielos.
Su cauda soberana abrazó la tierra
entre pliegues **radiantes**
y resabios de miedo.
Aquéllos, lo **miraron** asombrados,
otros, temían **muerte**, terror y cataclismos.
Los más sensatos sabían que en el mundo,
el hombre destruye con sus armas,
y no el solemne **cometa** de los cielos.
Acaso entonces, ya **brillara mi medalla**,
entre su cauda soberana.
Yo no era aún.
¿Sería una **estrella** fugando en los espacios?
¿Sería pétalo engarzado en una rama?
¿Raíz latente, gota de polvo, **guija de las rocas**?
Yo no era aún,
y ya el **cometa** fugaba los espacios
con su cauda al **viento**.
Mi **medalla de azules resplandores**
yacía en el suspenso infinito de la vida.
Un día fui.
Ahora soy.
Y el **cometa** volvió.
Su **brillo** se opacó ante la amargura
de la obra del hombre.
Ayer no era tanto horror en esta tierra:
la gente soñaba y sonreía,
cantaba alegre y bailaba tules.
Hoy la **muerte es por hambre y amargura**,
hoy lloran las **cascadas** por las bombas.

Y el **cometa** se fue sin dar su **brillo**,
en busca de otros **mundos** menos crudos,
en busca de otros hombres que sonrían
con las almas fraternas y tranquilas.
El **cometa** se fue
y entre mis manos,
esta **medalla azul de lapislázuli**
que canta mi aventura,
dejó latiendo una lágrima en su palma,
y la triste canción de una caricia.

(16/IV/1986)

Mucho tiempo pasó, mucha **amargura**.
Ni sonrisas, ni **sol**, ni **plenilunios**.
Una tiniebla oscura me envolvía
y una **gota tenaz me desgarraba**.
Tanto dolor me rebasó la vida.
Una vida tras otra fue fluyendo
por el ritmo fatal de la **cascada**.
Una tras otra,
sin pausa ni descanso.
Y yo hierática, **estática**, sin manos
que impidieran la caída,
sin poder evitarla.
Sin **luz**, sin fuerzas en el pecho.
Marcharon fatídicas las almas,
una a una,
las vidas que yo amaba.
Quedé entre las tinieblas.
Ni **luz**, ni **sol**, ni **estrellas**, ni **luceros**.

Pero cuando oraba desolada
al Supremo que siempre nos escucha,
una **voz sempiterna me decía:**
–Hija mía, tú tienes,
la **luz** en tus entrañas,
que jamás se detiene.
Busca en tu pecho dolorido y lento,
en tu oculto laberinto
te espera
brillando estremecida,
tu límpida **medalla azul de lapislázuli.**

(5/VI/1993)

Noche de expansionantes caracolas,
yo te soñé una vez atormentada,
con tu tiniebla **azul**, impenetrable.
La neblina del temblor entre los bosques,
la neblina chal de tul sobre las **aguas**,
el vapor evanescente de los **pozos**
y la oscura increada del espacio,
yo lo soñé, soñé los negros
y opacos espesores.
Todo soñó mi mente en un ocaso
que no tenía rojo ni esperanza:
era negro y **azul**, impenetrable de niebla.
Yo lo soñé, señor, ¡qué pesadilla!
Encerrada en el hueco de una cueva
con **rocas** de espectrales cuencos,
era oscura la atmósfera increada.
Y mi alma tenía miedo.
Nunca hasta entonces hubo miedo en ella.

Y la neblina gris iba espesando
en tiniebla de rencor y de **amargura**.
Mas una **chispa** resaltó en lo oscuro.
Seguí una senda abierta entre los huecos
y llegué a un negro más espeso y sin **luz**.
Y de pronto, en el centro de la niebla,
rompiendo tules y matando noches,
vi que me sonreía,
impredecible,
mi eterna **medalla azul de lapislázuli**.

Me llamaste a cantar entre las hadas,
pero mi voz **quebró su cristal**
desde las frondas.
Y no pude cantar.
Te pregunté quién eras
y callaste en el silencio.
Hay mucho dolor en todo el mundo
contestó tu **luz azul**,
y cada hada plegó su manto sobre el rostro.
Hay mucho dolor:
no cabe el canto.
Tu **luz azul de lapislázuli** se hizo tibia.
Miré tu faz y vi una lágrima celeste
que se enredó en mi mano.
Tú, mi **medalla azul de lapislázuli**,
que me diste tu **luz** cuando tinieblas
me envolvían,
no me vuelques dolor sobre mi mano.
Me llamaste a cantar,
mas no hubo **voz en tu azul**
ni en mi garganta.

Y habremos de sufrir ahora juntas
por el dolor inmenso del espacio,
mi alma, alma y tú,
oh mi **medalla azul de lapislázuli**.

(12/VI/1993)

Antes era la **luz** y la parábola,
la visión cristalina de las flores,
del **estanque** canoro y la **laguna**,
del azul de los cielos y las **aguas**.
Antes era alegría y fe en los horizontes,
y canciones, y hallazgos, y tesoros.
Poco a poco la nube fue cubriendo esa **luz**
y esa parábola.
Las flores y las **aguas** se envolvieron
en un soplo de niebla
y la alegría y la fe en los horizontes,
trocóse en pesadilla.
Fue una etapa cruel e incomprensible.
Mas un día, hurgando en las cavas
de mi alma,
hallé un cofre de nácar y **cristales**.
Exhalaba una **luz** tan delicada
que aclarando mis nieblas y mis **lluvias**,
dejó una brecha a la **luz** que estaba oculta.
Abrí el cofre de nácar y **cristales**,
recobré mi **luz** y mi parábola,
un **cisne** entre milagros
y una suerte de canoro **manantial**,
pues en lo hondo del cofre de nácar y **cristales**,
refulgendo de azul y de alegría,
sonriendo con mágica belleza,

encontré aquella mía,
aquella mi **medalla azul de lapislázuli**.

(10/VIII/1993)

Saliste de la mar,
con **boca sedienta de los néctares**
que liba el picaflor entre la selva.

Y lo viste **beber su azúcar**
desde tu azul inédito.

Trajiste al mundo un mensaje,
un mensaje de abismos
serenísimos,
y ascendiste al **azul** de los espacios
para volcar también en tu mensaje
un soplo serenísimo.

Mi **medalla**,
lo lograste.

Lograste despojarme de las dudas,
de los rencores negros y las luchas;
lograste, mi **medalla**
desentumir mi alma atenaceada
por cadenas;
lograste todo para mí.

Yo te venero,
y te pido en el éxtasis **azul**
de tu presencia,
que ese mensaje **azul** inalterado
lo difundas al mundo que te espera,
¡oh, mi **medalla**
mi **medalla azul de lapislázuli**!

(21/VIII/1993)

¿De dónde habrá surgido la memoria de la medalla azul de lapislázuli de Norma?

La teogonía sumeria nos informa de un viaje en que la diosa del amor Inana, decidió descender al mundo de los muertos y así llegó al **templo de lapislázuli**; allí Neti, el guardián fue instruido por Ereshkigal, diosa de la Muerte, que abriese las siete puertas del averno con la condición de que Inana se fuese quitando una prenda en cada puerta (fragmento de los 410 pies del poema):

Le dijo a la inmaculada reina
—Adelante, Inana, entra—
al pasar por la primera puerta
le quitó la corona de su cabeza.
—¿A qué se debe esto?—
—Oh Inana, se han perfeccionado
las leyes que rigen el averno.—
—Oh Inana, no cuestiones
los ritos del averno.—
Al entrar por la segunda puerta
le quitó el **centro de lapislázuli**.
—¿Qué es esto?, os ruego decirme.—
—Oh, Inana, las leyes que rigen
el averno se han perfeccionado.
—Oh, Inana, no cuestiones
los ritos del averno—.
Al pasar por la tercera puerta
le fue quitado del cuello
el collar de piedras lapislázuli.
—¿Por qué hacéis esto?—
—Oh, Inana, las leyes que rigen
el averno se han perfeccionado.—

—Oh, Inana, no cuestiones
los ritos del averno—.

La versión akadia de la biblioteca de Nínive, mil años posterior a la sumeria: **El descenso de Ishtar al inframundo**, ya no menciona el lapislázuli de las joyas de la diosa y se le da el nombre de Ishtar hija del pecado, en lugar de Inana hija de Ann (rey de los grandes dioses: los Anunaki). Leamos el final del poema de 140 pies:

Ereshkigal se hizo escuchar y dijo,
dirigiendo sus palabras a su criado:
Ve, Namtar y avisa en Egalgina,
decora la escalera del umbral con coral,
reúne a los Anunaki
y siéntalos en tronos de oro,
rocía a Ishtar con aguas de la vida
y condúcela a mi presencia.

Sin embargo cuando menciona Ereshkigal a Dumuzi, el amante de Ishtar en su juventud, leemos:

El día que regrese Dumuzi
con su flauta de **lapislázuli**
y su anillo rojizo
asciendan con él,
cuando **enlutados y enlutadas**
suban con él
los muertos remontarán
y olerán el humo de las ofrendas.

Hoy, gracias a la memoria arquetípica de Norma Suiffet podemos añadir otro Canto de las siete puertas del averno:

Al entrar por la cuarta puerta
le quitó la **medalla de lapislázuli**.
—¿Qué es esto?, os ruego decirme.—
—Oh, Inana, las leyes que rigen
el averno se han perfeccionado.
—Oh, Inana, no cuestiones
los ritos del averno.

FREDO ARIAS DE LA CANAL
Ciudad de México
Primavera del 2003

SONETOS TANÁTICOS

De la misma forma que Homero agotó en **La Ilíada** el género épico en Grecia, al grado que la **Eneida** de Virgilio en Roma, no es más que un reflejo lunar del sol homérico, lo mismo pasó con la poesía tanática en el Renacimiento. ¿Es que nuestros poetas mediterráneos dijeron todo lo que se tenía que saber de la muerte? Leamos algunos sonetos traducidos del toscano:

Francisco Petrarca (1304-74). Nueve sonetos:

Si ella ve cómo me hiere y se sonríe;
y con dulces astucias me divierte;
si el amor que le tengo la hace fuerte
y logra que mi mal busque y ansíe,

no es extraño ¡ay de mí! que desconfíe,
pues por mi culpa o por malvada suerte,
sus ojos dan la vida envuelta en **muerte**,
y cuanto más me **mata**, más se engríe.

Si tiemblo y siento el corazón helado,
veo entonces trocada su hermosura,
pues tristes pruebas el amor me ha dado.

Constancia femenina, ¡qué insegura!
Bien comprendo que un amoroso estado
en pecho de mujer poco perdura.

* * *

De un claro y vivo **hielo endurecido**
salió fuego con que me voy quemando,
tanto que **pecho y venas** van faltando
y soy sin lo sentir ya **consumido.**

La **muerte** al fin me trae perseguido
y con brazo alto me anda amenazando
y como trueno o toro va bramando:
yo tiemblo de temor como aterido.

Piedad y Amor podrían con sus diestras
como en columnas firmes sustentarme
sirviendo entre alma y golpe de remedio.

Mas no lo puedo creer ni veo muestras
en la enemiga mía de algún medio,
aunque desto a mí solo he de culparme.

* * *

¡Ay rostro y vista extremos de dulzura!,
¡ay reposado andar, grave y sincero!
¡ay razonar que a todo ingenio fiero
con humildad henchías de blandura!

¡Ay risa!, ¿do salió la **flecha dura,**
de que para consuelo **muerte** espero?
Alma digna del mundo todo entero,
si antes bajado hubieras del altura:

Por ti conviene que **arda**, confianza
en ti tuve, y de ti ser apartado
es desventura qu'en extremo siento.

De deseo me henchiste y d'esperanza
cuando de ti partí muy consolado:
mas ¡ay! que todo lo ha llevado el **viento**.

* * *

Descolorado has, **Muerte**, al más hermoso
rostro que tuvo el mundo, has apagado
la **luz más refulgente**, y desatado
de un lindo nudo un pecho generoso.

Quitaste en un momento aquel glorioso
bien mío, y su voz dulce has atajado,
dejándome de llanto tan cercado
que cuanto veo y oigo me es penoso.

Mas mi señora de piedad movida
me vuelve a consolar como solía:
no siento otro socorro en esta vida.

Si como en habla y **luz** es escogida,
decir pudiese, un **pecho encendería**,
no de hombre, mas de **tigre** y **osa** parida.

* * *

Cuando me vuelvo a contemplar los años
qu'en pensamientos de amor he gastado,
y el **fuego do me helaba** ya apagado,
causa de mis afanes tan extraños,

y la fe de amor **rota** y sus engaños,
y el bien mío en dos partes separado:
que una es ya tierra, el cielo otra ha llevado,
y el interés perdido de mis daños.

En viéndome del todo así desnudo
envidia tengo a toda extrema suerte;
¡tan grande es mi despecho de mí mismo!

¡Oh mi estrella, oh fortuna, oh hado, oh **muerte**,
oh día para mí tan dulce y crudo!
¿cómo distes conmigo en el abismo?

* * *

Ya mi florida y verde edad pasaba,
ya mi **fuego** se había resfriado
y mi vida al lugar había llegado
de donde a decaer ya comenzaba.

Y mi dulce enemiga se dejaba
de las sospechas ya que había tomado,
y con honestidad de lo pasado
conmigo como en burlas platicaba.

Ya el tiempo se acercaba que tratarse
amor con castidad muy bien podía,
y aun juntos como amigos asentarse.

Mas envidió la **muerte** el buen estado...
—¿qué digo?— ... la esperanza, y en la vía
le saltó como enemigo armado.

* * *

Venganza hacer pudiese yo de aquella
que al **mirarme** y hablarme me destruye,
y por más pena darme esconde y huye
la luz que deja atrás a toda estrella.

Así en mi corazón hace tal mella
que por puntos mi vida disminuye,
y como león ruge, y aun me arguye
cuando aflojar debía mi querella.

El alma que a brazos anda con la **muerte**
de mí se parte, y de su nudo suelta
se va tras la que le ha siempre afligido.

Y ya me espanto de que alguna vuelta
el sueño no le rompe con gemido
al abrazar y hablar de alguna suerte.

* * *

Ya **muerte**, tu poder todo has mostrado,
el reino de Amor has empobrecido,
y has la **luz** de beldad oscurecido,
en poca tierra todo lo has tornado.

La vida de su ornato has despejado
y del honor que le era concedido;
mas el valor no dudes lo has vencido
pues sólo el cuerpo es lo que te has llevado.

El cielo lleva el resto con gran gloria
en verla nueva **estrella**, acrecentada,
la cual no podrá ser jamás oscura.

Pues vénzale piedad en tal victoria,
mi nuevo ángel, en esa alta morada,
como acá me venció tu hermosura.

* * *

Alma beata que tan dulcemente
mi pecho con tus soles alumbrabas,
cuando las voces tuyas rematabas
con los suspiros que aun mi pecho siente.

Ya yo te vi en un casto **fuego ardiente**
cuando entre aquellas **flores** me escuchabas,
y como ángel del cielo te mostrabas
cual te tengo y tendré siempre presente.

Al Eterno Hacedor la vuelta dando
acá dejaste aquel precioso velo
que desde el cielo dado te era en suerte.

Faltó del mundo Amor en tú faltando
y cortesía, el **sol** cayó del cielo
y dulce comenzó a ser la **muerte**.

JUAN BOSCÁN (1495-1542), español. Seis sonetos:

¿Qué **estrella** fue por donde yo caí
en el mundo con tanta pesadumbre?
¿Cuál madre ya de vida me dio **lumbre**?
¿Por qué me echó tan huérfano y así?

¿Quién primero holgó cuando nací?
¿Cuál dolor me subió tan en cumbre
que no hallé remedio en la costumbre
y hoy sienta más lo que ayer más sentí?

¿Por qué no **morí** en el vientre o en naciendo?
¿Por qué me tomó nadie en sus rodillas,
criándome entre vivos **no viviendo**?

Forzado es ya que vaya descubriendo
entre mis enemigos mis mancillas,
y unos lloren y estén otros riendo.

* * *

¿Quién tendrá en sí tan duro sentimiento
que en ver mi mal la vuelta no dé luego?
¿Quién tan loco será, o será tan ciego,
que los **ojos** no cierre a mi tormento?

Delante van las penas que en mí siento,
dando nuevas de mi desasosiego,
y en las manos llevando el vivo **fuego**
do ardiendo está mi triste pensamiento.

Los que tras mí vengan, si se perdieren,
no sé cómo podrán ser disculpados;
morirán a sabiendas, si **murieren**.

Dignos serán de ser al campo echados
por mano de las gentes que los vieren
tan adrede **morir** desesperados.

* * *

Ponme en la vida más brava, importuna,
do pida a Dios mil veces la **mortaja**;
ponme en edad, do el seso más trabaja,
o en los brazos del ama, o en la cuna.

Ponme en baja o en próspera fortuna,
ponme do el **sol** el trato humano ataja,
o a do por frío el alto mar se cuaja,
o en el abismo, o encima de la **luna**;

ponme do a nuestros pies viven las gentes,
o en la tierra, o en el cielo, o en el viento;
ponme entre **fieras**, **puesto entre sus dientes**,

do **muerte** y **sangre** es todo el fundamento,
dondequiera tener siempre presentes
los **ojos por quien muero** tan contento.

* * *

Amor me tiene por su desenfado;
por descargar en mí toda su saña,
y allí, quienquiera sea quien le ensaña,
que yo he de ser continuo el castigado.

No sé qué tema es esta que ha tomado
de buscar siempre cuanto a mí me daña;
tiene **sed de mi sangre** tan extraña
que todo su sabor es mi cuidado.

Haga de mí, pues, ya cuanto quisiere;
acabe ya o yo acabaré presto,
que un hombre soy, en fin, que nace y **muere**.

Un hombre de contrarios soy compuesto;
si amor no templá el golpe que me diere,
mi ser **destruirá** su presupuesto.

* * *

¿Adónde iré que puedan socorrerme,
si por amor, o por mi desconcierto,
mi fortuna es mayor dentro en el puerto,
y al bien faltó poder para valerme?

Quiero acabar mil veces de perderme
y sacar de locura algún concierto;
mas no puede natura verme **muerto**
y a mi pesar se pone en defenderme.

Comienza en esto el ansia del remedio,
y el porfiar que no me esfuerzo harto,
y el cargar más trabajo de esforzarme.

Mientras más voy, más lejos voy del medio;
con esto he de parar, y el mal reparto
en sufrir, en llorar y en lastimarme.

* * *

Paso mi vida lo mejor que puedo;
en esto podéis ver cómo la paso;
de un triste pensamiento en otro paso;
mortal prisa me doy para estar quedo.

Sobre el punto de mis congojas ruedo,
y si en huir me pruebo a dar un paso,
huyo de puro miedo tan a paso,
que de donde me parto, allí me quedo.

Quedo allí, triste, tan escarmentado,
que me aflijo, y me **muero**, y me acobardo;
y de medroso, acometo al cuidado.

Piensan quizá que estoy desesperado
viendo que del **morir** tan mal me guardo;
pues sepan que lo hago de cuidado.

GARCILASO DE LA VEGA (1503-36). Cuatro sonetos:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi **muerte** conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme **morir** entre memorias tristes.

* * *

Cuando me paro a contemplar mi estado,
y a ver los pasos por do me ha traído,
hallo, según por do anduve perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado;

mas cuando del camino esto olvidado,
a tanto mal no sé por dó he venido;
sé que me acabo, y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.

Yo acabaré, que me entregué sin arte
a quien sabrá **perderme y acabarme**,
si ella quisiere, y aun sabrá querello;

que pues mi voluntad puede **matarme**,
la suya, que no es tanto de mi parte,
pudiendo, ¿que hará sino hacello?

* * *

En fin, a vuestras manos he venido,
do sé que he de **morir** tan apretado,
que aun aliviar con quejas mi cuidado,
como remedio, me es ya defendido.

Mi vida no sé en qué se ha sostenido,
si no es en haber sido yo guardado
para que sólo en mí fuese probado
cuánto **corta un espada** en un rendido.

Mis lágrimas han sido derramadas
donde la sequedad y la aspereza
dieron mal fruto dellas y mi suerte.

Basten las que por vos tengo lloradas.
No os venguéis más de mí con mi flaqueza;
allá os vengad, señora, con mi **muerte**.

* * *

Por ásperos caminos he llegado
a parte que de miedo no me muevo;
y si a mudarme o dar un paso pruebo,
allí por los cabellos soy tornado.

Mas tal estoy, que con la **muerte** al lado
busco de mi vivir consejo nuevo;
y conozco el mejor y el peor apruebo,
o por costumbre mala o por mi hado.

Por otra parte, el breve tiempo mío,
y el errado proceso de mis años,
en su primer principio y en su medio,

mi inclinación, con quien ya no porfío,
la cierta **muerte**, fin de tantos daños,
me hacen descuidar de mi remedio.

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR (1515-75). Tres sonetos:

—Oh **muerte**, ¿de qué tienes alegría
en tiempo de tan grande desconsuelo?
—De ver que ya he quitado de este suelo
el bien que indignamente poseía.

—¿Pues qué te movió a ti, que tal porfía
tuviste de llevar nuestro consuelo?
—Movíome haber estado con recelo
que vuestro Carlos inmortal sería.

¿No ves que es vano cuanto has presumido,
pues con lo que pensaste deshacerle
con eso queda más engrandecido?

—Verdad es que inmortal vine a hacerle;
mas quise yo triunfar del no vencido,
y fue triunfar en gloria engrandecerle.

* * *

No son honras aquéstras que hacemos
a nuestro invicto César que lloramos;
antes con su memoria nos honramos,
pues por sus altos hechos merecemos.

Estas muestras de **muerte** y los extremos
de dolor y tristeza que mostramos,
son por nosotros mismos, que quedamos
muertos, perdido el bien que en él perdemos.

El mundo, sin su amparo, triste queda,
deshecho el firme escudo que tenía
y sin otro que igual suyo ser pueda.

¿Qué dije? ¿Dónde estoy, que no entendía
—con el dolor que ya el sentido veda—
que un Fénix de otro Fénix procedía?

* * *

—¿Por qué **dejasteis**, César no vencido,
un reino que en el mundo es extremado?
—Déjelo por ser peso muy pesado
para subir con él donde he subido.

—Decidnos, pues su amparo habéis tenido,
¿por qué así lo dejáis desamparado?
—No dejo, porque el Hijo que os he dado
aquél mismo será que yo os he sido.

—Viviérades, al menos, acá fuera,
adonde el mundo en veros se alegrara,
en tanto que Dios vida os concediera.

—No quise, porque el mundo me dejara;
pues no **muriendo**, vida no tuviera,
ni sin perderme al mundo, me ganara.

FRANCISCO DE TERRAZAS (1525-1600). Un soneto:

Soñé que de una peña me arrojaba
quien mi querer sujeto a sí tenía,
y casi ya en la **boca me cogía**
una fiera que abajo me esperaba.

Yo, con temor buscando, procuraba
de dónde con las manos me tendría,
y el filo de una **espada** la una asía
y en una yerbezuela la otra hincaba.

La yerba a más andar la iba arrancando,
la **espada a mí la mano deshaciendo**,
yo más sus vivos filos apretando.

¡Oh, mísero de mí, qué mal me entiendo
pues huelgo verme estar **despedazando**
de miedo de acabar mi mal **muriendo**!

FERNANDO DE HERRERA (1534-96). Cinco sonetos:

Lloré, y canté de Amor la saña **ardiente**;
y lloro, y canto ya la **ardiente** saña
desta cruel, por quien mi pena extraña
ningún descanso al corazón consiente.

Esperé, y temí el bien tal vez ausente;
y espero, y temo el mal que me acompaña;
y en un error, que en soledad me engaña,
me pierdo sin provecho vanamente.

Veo la noche, antes que huya el día
y la sombra crecer, contrario agüero,
mas ¿qué me vale conocer mi suerte?

La dura obstinación de mi porfía
no cansa, ni se rinde al dolor fiero;
mas siempre va al encuentro de mi **muerte**.

* * *

Ahora, que cubrió de blanco **hielo**
el **oro** la hermosa aurora mía,
blanco es el puro **sol** y blanco el día,
y blanco el color **lúcido** del cielo.

Blancas todas sus viras, que recelo
es blanco el arco y **rayos** de alegría
amor, con que me **hieres** a porfía;
blanco tu **ardiente** fuego y frío **hielo**.

Mas ¿qué puedo esperar de esta blancura,
pues tiene en blanca nieve el pecho tierno
contra mi fiera **llama** defendido?

¡Oh beldad sin amor! ¡Oh mi ventura!
Que **abrasado en vigor de fuego** eterno,
muero en un blanco hielo convertido.

* * *

Suspiro, y pruebo con la voz doliente
que en su dolor **espire** el alma mía;
crece el suspiro en vano y mi agonía,
y el mal renueva siempre su accidente.

Estas **peñas do solo muero** ausente,
rompe mi suspirar en noche y día;
y no **hiere** (¡oh dolor de mi porfía!)
a quien estos suspiros no consiente.

Suspirando no **muero** y no deshago
parte de mi pasión, mas vuelvo al llanto,
y, cesando las lágrimas, suspiro.

Esfuerza, Amor, el suspirar que hago,
y como el **cisne muere** en dulce canto
así **acabo la vida** en el suspiro.

* * *

Sigo por un desierto no tratado,
sin **luz**, sin guía, en confusión perdido,
el vano error, que solo me ha traído
a la miseria del más triste estado.

Cuanto me alargo más, voy más errado,
y a mayores peligros ofrecido:
dejar atrás el mal me es defendido;
que el paso del remedio está cerrado.

En ira **enciende** el daño manifiesto
al corazón caído, y cobra aliento,
contra la instante tempestad osando.

O venceré tanto rigor molesto,
o en los concursos de su movimiento
moriré, con mis males acabando.

* * *

Yo vi unos **bellos ojos que hirieron**
con dulce flecha un corazón cuitado,
y que, para **encender** nuevo cuidado,
su fuerza toda contra mí pusieron.

Yo vi que muchas veces prometieron
remedio al mal que sufro, no cansado,
y que, cuando esperé verlo acabado,
poco mis esperanzas me valieron.

Yo creo que se esconden ya mis **ojos**,
y crece mi dolor, y llevo ausente
en el rendido **pecho** el golpe fiero.

Yo veo ya perderse los despojos
y la memoria de mi bien presente;
y en ciego engaño de esperanza **muero**.

GASPAR GIL POLO (1535-91). Un soneto:

Quien libre está, no viva descuidado,
que en un instante puede estar cautivo,
y el corazón helado y más esquivo
tema de estar en **llamas abrasado**.

Con la alma del soberbio y elevado
tan áspero es Amor y vengativo,
que quien sin él presume de estar vivo,
por él con **muerte** queda atormentado.

Amor, que a ser cautivo me condenas,
Amor, que **enciendes fuegos** tan mortales,
tú que mi vida afliges y maltratas:

Maldigo desde ahora tus cadenas,
tus **llamas** y tus **flechas**, con las cuales
me **prendes**, me consumes, y **me matas**.

MIGUEL DE CERVANTES (1547-1616). Dos sonetos:

Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla,
porque ¿a quién no sorprende y maravilla
esta máquina, insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo, y nobleza.

Apostaré que el ánimo del **muerto**
por gozar este sitio hoy ha dejado
la gloria donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo: –Es cierto
cuanto dice voacé, seor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente.–

Y luego, incontinente,
caló el chapeo, requirió la espada
miró de soslayo, fuése, y no hubo nada.

Yo sé que **muero**, y si no soy creído,
es más cierto el **morir**, como es más cierto
verme a tus pies, ¡oh bella ingrata!, **muerto**,
antes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la región de olvido,
de vida y gloria y de favor desierto,
y allí verse podrá en mi pecho abierto
cómo tu rostro hermoso está **esculpido**.

Que esta reliquia guardo para el duro
trance que me amenaza mi porfía,
que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,
por mar no usado y peligrosa vía,
adonde norte o puerto no se ofrece!

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA (1559-1613). Un soneto:

Imagen espantosa de la **muerte**,
sueño cruel, no turbes más mi pecho,
mostrándome **cortado** el nudo estrecho,
consuelo sólo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo,
o el rico avaro en el angosto lecho,
haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas, descubiertas
con llave falsa o con violento insulto,
y déxale al amor sus glorias ciertas.

LUIS DE GÓNGORA (1561-1627). Dos sonetos:

Sobre dos urnas de cristal labradas,
de vidrio en pedestales sostenidas,
llorando está dos ninfas ya **sin vidas**
el Betis en sus húmidas moradas,

tanto por su hermosura dél amadas,
que, aunque las demás ninfas doloridas
se muestran, de su tierno fin sentidas,
él, derramando lágrimas cansadas:

“Almas, les dice, vuestro vuelo santo
seguir pienso hasta aquesos sacros nidos,
do el bien se goza sin temer contrario;

que, vista esa belleza y mi gran llanto,
por el cielo seremos convertidos
en Géminis vosotras, yo en Acuario”.

Ser pudiera tu pira levantada,
de aromáticos leños construida,
oh fénix en la **muerte**, si en la vida
ave, aun no de sus pies desengañada.

Muere en quietud dichosa y consolada,
a la región asciende esclarecida,
pues de más ojos que desvanecida
tu pluma fue, tu **muerte** es hoy llorada.

Purificó el **cuchillo**, en vez de **llama**,
tu ser primero, y gloriosamente
de su vertida **sangre** renacido,

Alas vistiendo, no de vulgar fama,
de cristiano valor sí, de fe ardiente,
más deberá a su **tumba** que a su nido.

FÉLIX LOPE DE VEGA (1562-1635). Tres sonetos:

¿Adónde vas con alas tan ligeras
del hemisferio nuestro al tuyo opuesto,
divino sol en el oriente puesto,
donde fuera más justo que nacieras?

Apenas te gozaron las riberas
del tajo a ser tu antípoda dispuesto,
cuando las cubres de ciprés funesto,
robando en ti sus verdes primaveras.

Los duros jaspes, los rebeldes bronce
se ablandan escuchando mis enojos.
Dime, pues ya te vas, si podré verte.

Así Fabio lloraba. Albania entonces
miróle y quiso hablar, cerró los ojos,
y respondióle lo demás la **muerte**.

* * *

Mi bien nacido de mis propios males,
retrato celestial de mi Belisa,
que en mudas voces y con dulce risa
mi destierro y consuelo hiciste iguales;

segunda vez de mis entrañas sales,
mas pues tu blanco pie los cielos pisa,
¿por qué el de un hombre en tierra tan aprisa
quebranta tus **estrellas** celestiales?

Ciego, llorando, niña de mis ojos,
sobre esta **pedra** cantaré, que es mina
donde el que pasa al indio en propio suelo

halle más presto el oro en tus despojos,
las perlas, el coral, la plata fina.
Mas ¡ay! que es **ángel y llévolo al cielo.**

* * *

Despierta, ¡oh Betis, la dormida plata
y, coronado de ciprés, inunda
la docta patria en Sénecas fecunda:
todo el cristal en lágrimas desata.

Repite soledades y dilata
por campos de dolor vena profunda,
única luz que no dejó segunda.
Al polifemo ingenio Atropos mata.

Góngora ya la parte restituye
mortal al tiempo, ya la culta lira
en cláusula final la voz incluye.

Ya **muere** y vive; que esta sacra pira
tal inmortal honor le constituye,
que nace fénix donde cisne **espira.**

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS (1580-1645). Cinco sonetos:

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!
¡Qué mudos pasos traes, oh **muerte** fría,
pues con callado pie todo lo igualas!

Feroz de tierra el débil muro escalas,
en quien lozana juventud se fía;
mas ya mi corazón del postrer día
atiende el vuelo, sin mirar las alas.

¡Oh condición **mortal**! ¡Oh dura suerte!
¡Que no puedo querer vivir mañana,
sin la pensión de procurar mi **muerte**!

Cualquier instante de la vida humana
es nueva ejecución con que me advierte
cuán frágil es, cuán mísera, cuán vana.

* * *

Todo tras sí lo lleva el año breve
de la vida **mortal**, burlando el brío,
al acero valiente, al mármol frío,
que contra el tiempo su dureza atreve.

Antes que sepa andar el pie, se mueve
camino de la **muerte**, donde envío
mi vida oscura; pobre y turbio río,
que negro mar con altas ondas bebe.

Todo corto momento es paso largo
que doy a mi pesar en tal jornada,
pues parado y durmiendo siempre aguijo.

Breve suspiro, y último, y amargo
es la **muerte** forzosa y heredada;
mas si es ley, y no pena, ¿qué me aflijo?

* * *

Ya formidable y espantoso suena
dentro del corazón el postrer día;
y la última hora, negra y fría,
se acerca, de temor y sombra llena.

Si agradable descanso, paz serena,
la **muerte** en traje de dolor envía,
señas da su desdén de cortesía;
más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado,
de la que a rescatar piadosa viene
espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene;
hálleme agradecido, no asustado;
mi vida acabe, y mi vivir ordene.

* * *

Pierdes el tiempo, **muerte en mi herida**,
pues quien no vive no padece **muerte**;
si has de acabar mi vida, has de volverte
a aquellos ojos, donde está mi vida.

Al sagrado en que habita retraída,
aun siendo sin piedad, no has de atreverte;
que serás vida, si llegase a verte,
y quedarás de ti desconocida.

Yo soy ceniza que sobró a la **llama**;
nada dejó por consumir el **fuego**,
que en amoroso **incendio** se derrama.

Vuélvete al miserable, cuyo ruego,
por descansar en su dolor, te llama,
que lo que yo no tengo, no lo niego.

* * *

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra, que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora, a su afán ansioso lisonjera;

mas no de esotra parte en la ribera
dejará la memoria en donde **ardía**;
nadar sabe mi **llama**, la agua fría,
y perder el respeto a ley severa;

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto **fuego** han dado,
médulas que han gloriosamente **ardido**,

su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido.
Polvo serán, mas polvo enamorado.

JUAN DE TASIS (1582-1622). Un soneto:

¡Oh cuánto dice en su favor quien calla!
Porque de amar sufrir es cierto indicio,
y el silencio el más puro sacrificio,
y adonde siempre Amor mérito halla.

Morir en su pasión sin declaralla,
es de quien ama el verdadero oficio;
que un callado llorar por ejercicio
da más razón por sí, no osando dalla.

Quien calla amando, sólo amando **muere**,
que el que acierta a decirse no es cuidado;
menos dice, y más ama quien más quiere.

Porque si mi silencio no ha hablado,
no sé deciros más, que si **muriere**,
otro os ha dicho lo que yo he callado.

FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN (1607-80), chileno. Un soneto:

¿Quién hay, señora, que valerse quiera
de vuestro santo nombre, que no alcance
con lágrimas orando al primer lance
lo que imposible al tiempo pareciera?

¿Quién hay que en vuestras manos se pusiera,
virgen sagrada, en peligroso trance,
que en el mayor trabajo no descansa
y su esperanza fin dichoso adquiriera?

Bien manifiesto está en mi larga suerte,
pues que entre tantos bárbaros contrastes
quisisteis libertarme de la **muerte**.

Gracias os doy, ya fuera de debates,
estimando el favor, y si se advierte;
jamás imaginado entre rescates.

JOSÉ PÉREZ DE MONTORO (1627-94). Dos sonetos:

Muerte, o ventura debes darme, (¡Oh suerte!)
rueda eres que deshaces lo que has hecho,
no puedo ser más infeliz: derecho
tengo para pedir ventura, oh **muerte**:

mas para mi mal, sola, firme y fuerte,
que me responderás sienta, y sospecho
tu cuidado, a quien diste gusto, y pecho
pueda hacerte dichoso, o deshacerte:

con que vuelvo otra vez a mi cuidado
donde miro mi pena, que procura
que **muera** porque no se mude el hado:

yo **moriré**, mas ella me asegura
ventura y **muerte** al fin, que un desdichado
llega a tener la **muerte** por ventura.

Tú **falleciste**, cuando yo dormía
y tu beldad después me lo negaba,
porque viva parece que **mataba**,
y **muerta** que durmiese parecía.

Por no mover los ojos se cerraba
tu rigor y mi llanto los abría,
los cerraste, lloraba y se reía
la **muerte** que sin verle me engañaba.

Tú falleciste: **moriré** penando,
no te puedo alcanzar: bien, que te sigo
en el eterno bien que estás gozando:

puedes hacer, teniendo al cielo amigo,
pues **moriste** conmigo descansando,
que **muera** yo por descansar contigo.

JUANA INÉS DE AZUAJE (1648-95). Tres sonetos:

Con el dolor de la **mortal herida**,
de un agravio de amor me lamentaba;
y por ver si la **muerte** se llegaba,
procuraba que fuese más crecida.

Toda en el mal el alma divertida,
pena por pena su dolor sumaba,
y en cada circunstancia ponderaba
que sobraban mil **muertes** a una vida.

Y cuando, al golpe de uno y otro tiro,
rendido el corazón daba penoso
señas de dar el último suspiro,

no sé con qué destino prodigioso
volví en mi acuerdo y dije: —¿Qué me admiro?
¿Quién en amor ha sido más dichoso?

* * *

Mueran contigo, Laura, pues **moriste**,
los afectos que en vano te desean,
los **ojos** a quien privas de que vean
hermosa **luz** que un tiempo concediste.

Muera mi lira infausta en que influíste
ecos, que lamentables te vocean,
y hasta estos rasgos mal formados sean
lágrimas negras de mi pluma triste.
Muévase a compasión la misma **Muerte**

que, precisa, no pudo perdonarte;
y lamente el amor su amarga suerte,

pues si antes, ambicioso de gozarte,
deseó tener **ojos** para verte,
ya le sirvieran sólo de llorarte.

* * *

Diuturna enfermedad de la Esperanza,
que así entretienes mis cansados años
y en el fiel de los bienes y los daños
tienes en equilibrio la balanza;

que siempre suspendida, en la tardanza
de inclinarse, no dejan tus engaños
que lleguen a excederse en los tamaños
la desesperación o la confianza:

¿quién te ha quitado el nombre de **homicida**?
Pues lo eres más severa, si se advierte
que suspendes el alma entretenida;

y entre la infausta o la felice suerte,
no lo haces tú por conservar la vida
sino por dar más dilatada **muerte**.

LUIS DE SANDOVAL Y ZAPATA (Siglo XVII). Siete sonetos:

Materia que de vida te informaste,
¿en cuántas metamorfosis viviste?
Ampo oloroso en el jazmín te viste,
y en la ceniza pálida duraste.

Después que tanto horror te desnudaste,
rey de las flores púrpuras vestiste.
En tantas **muertas** formas, no **moriste**:
tu ser junto a la **muerte** eternizaste.

¿Qué discursiva **luz** nunca despiertes
y no **mueras** al ímpetu invisible
de las aladas horas, **homicida**?

¿Qué, no eres sabia junto a tantas **muertes**?
¿Qué eres, naturaleza incorruptible
habiendo estado viuda a tanta vida?

* * *

Aquí yace la púrpura dormida;
aquí el garbo, el gracejo, la hermosura,
la voz de aquel clarín de la dulzura
donde templó sus números la vida.

Trompa de amor, ya no a la lid convida
el clarín de su música blandura;
hoy aprisiona en la tiniebla oscura
tantas sonoras almas una **herida**.

La representación, la vida airosa
te debieron los versos y más cierta.
Tan bien fingiste –amante, helada, esquiva–

que hasta la **muerte** se quedó dudosa
si la representaste como **muerta**
o si la padeciste como viva.

* * *

En calavera de **crystal** se vía,
en el espejo docto escarmentaba,
la que, cuando belleza se miraba,
luz mortal de belleza se atendía.

Cuando secreto **fuego** introducía,
una diáfana Troya se **quemaba**,
y polvo cristalino sospechaba,
la que **luciente eternidad ardía**.

Ah, dice, cómo en el **crystal** diviso
a lo que más eterno **resplandece**:
puede ser escarmiento de ceniza.

La **muerte** ha de morir, que como se hizo
de **crystal**, que a la vida se parece,
quedó la misma **muerte quebradiza**.

* * *

Vidrio animado, que en la **lumbre** atinas
con la tiniebla en que tu vida yelas,
y al breve punto de **morir** anhelas
en la circunferencia que caminas.

En poco mar de **luz** ve oscuras ruinas,
nave que desplegaste vivas velas:
la más fúnebre noche que recelas
se **enciende entre la luz**, que te avecinas.

No retire tu espíritu cobarde
el vuelo de la **luz donde te ardías**;
abrásate en el fuego que buscabas.

Dichosamente entre sus **lumbres arde**:
porque al dejar de ser lo que vivías,
te empezaste a volver en lo que amabas.

* * *

Invisibles cadáveres de **viento**
son los instantes, en que vas volando,
reloj ardiente, cuando vas **brillando**,
contra tu privación tu movimiento.

Cada **luz**, cada **rayo**, cada aliento,
en ese vuelo de **esplendores** blando,
va deshaciendo lo que va llorando,
vive, lo que **murió** cada momento.

Cuando durase más, su alada vida,
dirá la **muerte**, más peligros visto
ha este reloj en sus fatales suertes.

Acábate ya, efímera lucida,
que haber vivido más es haber visto
mayores desengaños por más **muertes**.

* * *

Demóstenes de **luz**, que mudo clama,
que es nada todo el aparato vano.
¿Qué desengaños no escribió su mano?
¿A qué peligros no **alumbró su llama**?

Más escarmientos que **esplendor** derrama,
al tiempo de las tres parcas humano,
probando que en su vuelo más ufano
borra a los **muertos** títulos y fama.

El aire que te **enciende** es quien te amaga,
y ventilado de un impulso paces
vida y **muerte** en el aire que respiras.

El soplo que antes te **encendió** te apaga.
Aquella diligencia, con que naces,
influye en el estrago con que **expiras**.

* * *

Inmóvil luce cuando alada vuela
en plumas de **esplendor** ave callada,
esa **antorcha que líquida y dorada**
bebe humor blanco, líquida avezuela.

Cuando más vive, más **morir** anhela,
mariposa en pavesas abrasada,
va invocando con cada **llamarada**
a la tiniebla, que sus **luces** hiela.

Alumbra en esa mano mariposa
las horas de tus números inciertas,
cambia la **luz** en pálidas cenizas.

Juzgo es la vida **llama** numerosa.
Te empiezas a **abrasar**, cuando despiertas.
Te acabas de **abrasar**, cuando agonizas.

ANDRÉS BELLO (1781-1865), venezolano. Un soneto:

¿Sabes, rubia, qué gracias solicito
cuando de ofrenda cubro los altares?
No ricos muebles, no soberbios lares,
ni una mesa que adule el apetito.

De Aragua a las orillas un distrito
que me tribute fáciles **manjares**,
do vecino a mis rústicos hogares
entre peñascos corra un **arroyito**.

Para acogerme en el calor estivo,
que tenga una arboleda también quiero,
do crezca junto al sauce el coco altivo.

¡Felice yo si en este albergue **muero**,
y al exhalar mi aliento fugitivo,
sello en tus **labios** el adiós postrero!

JOSÉ MARÍA HEREDIA (1803-39), cubano. Dos sonetos:

Si la pálida **muerte** aplacara
con que yo mis riquezas le ofreciera,
si el oro y plata para sí quisiera,
y a mí la dulce vida me dejara;

¡con cuánto ardor entonces me afanara
por adquirir el oro, y si viniera
a terminar mis días la **parca** fiera,
cuán ufano mi vida rescatara!

Pero ¡ah! no se liberta de su saña
el sabio, el poderoso ni el valiente:
en todos ejercita su **guadaña**.

Quien se afana en ser rico no es prudente,
¿si en que debe **morir** nadie se engaña,
para qué trabajar inútilmente?

Cuando en el éter **fúlgido** y sereno
arden los astros por la noche umbría,
el pecho de feliz melancolía
y confuso pavor siéntese lleno.

¡Ay! ¡así girarán cuando en el seno
duerma yo **inmóvil en la tumba fría!**...
entre el orgullo y la flaqueza mía
con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿qué digo? –Irrevocable suerte
también los **astros a morir**, destina,
y verán por la edad su **luz** nublada.

Mas superior al tiempo y a la **muerte**
mi alma, verá del **mundo** la ruina,
a la futura eternidad ligada.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN (1853-1928). Dos sonetos:

La joven madre **perdió** a su hijo,
se ha vuelto loca y está en su lecho.
Eleva un brazo, descubre un **pecho**,
suma las líneas de un enredijo.

El dedo en alto y el **ojo fijo**,
cuenta las curvas de adorno al techo;
y muestra un rubio **pezón**, derecho
como en espasmo y **ardor** de rijo.

En la vidriera, cortina rala,
tensa y purpúrea cierne furiosa
lumbre, que tiñe su tenue gala.

¡Y roja lengua cae y se posa,
y con delicia trema y resbala
en el erecto botón de rosa!

Cerca, el marido forma concierto;
¡ofrece el torpe **fulgor** del día
desesperada melancolía
y en la cintura prueba el desierto!

¡Ah! Los olivos del sacro huerto
guardan congoja ligera y pía.
El hombre sufre doble agonía:
¡la esposa insana y el niño **muerto**!

Y no concibe suerte más dura;
y con el puño crispado azota
la sien, y plane su desventura.

¡Llora en un lampo la dicha rota;
y el **rayo** juega con la tortura
y **enciende un iris en cada gota**!

PEDRO BONIFACIO PALACIOS –Almafuerte– (1854-1917),
argentino. Un soneto:

Si te postran diez veces, te levantas
otras diez, otras cien, otras quinientas...
no han de ser tus caídas tan violentas
ni tampoco por ley han de ser tantas.

Con el hambre genial con que las plantas
asimilan el humus avarientas,
deglutiendo el rencor de las afrentas
se formaron los santos y las santas.

Obsesión casi asnal, para ser fuerte,
nada más necesita la criatura,
y en cualquier infeliz se me figura

que se rompen las garras de la suerte...
¡Todos los incurables tienen cura
cinco segundos antes de la **muerte!**

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN (1855-1931), uruguayo. Un soneto:

El **astro** milenario, en agonía,
muere de sed y fiebre seculares;
el **sol bebióle el agua** de sus mares,
en sus huesos, la médula se enfría.

En dura contracción, su piel se estría,
se **desgarran** sus carnes, y a millares,
goteando fugitivos **luminares**,
sus restos cruzan la extensión vacía.

Uno de ellos, cayendo en la envoltura
del **globo** nuestro, lo ha dejado **herido**,
le ha inyectado contagio de la altura.

Y el **mundo nuestro morirá** aterido,
y sus restos irán por **sepultura**,
a otros **mundos** quizá que aún no han nacido.

MANUEL JOSÉ OTHÓN (1858-1906), mejicano. Un soneto:

Ondulante y azul, trémulo y vago,
el ángel de la noche se avecina
del crepúsculo envuelto en la neblina
y en los vapores gráciles del lago.

Del Septentrión al murmurante halago
los pliegues de su túnica divina
se extienden sobre el valle y la colina,
para librarlos del nocturno estrago.

Su voz tristezas y consuelo vierte.
Humedecen sus **ojos** de zafiro
auras de vida y ráfagas de **muerte**.

Levanta el vuelo en silencioso giro
y, al llegar a la altura, se convierte
en oración, y lágrima, y suspiro.

JULIÁN DEL CASAL (1863-93), cubano. Dos sonetos:

No me habléis más de dichas terrenales,
que no ansío gustar. Está ya **muerto**
mi corazón y en su recinto abierto
sólo entrarán los **cuervos sepulcrales**.

Del pasado no llevo las señales
y a veces de que existo no estoy cierto,
porque es la vida para mí un desierto
poblado de figuras **espectrales**.

No veo más que un **astro** oscurecido
por brumas de crepúsculo lluvioso,
y, entre el silencio de sopor profundo,

tan sólo llega a percibir mi oído
algo extraño, confuso y misterioso
que me arrastra muy lejos de este mundo.

Un cielo gris. Morados estandartes
con escudos de oro; vibraciones
de altas campanas; báquicas canciones;
palmas verdes ondeando en todas partes:

banderas tremolando en los baluartes;
figuras femeninas en balcones;
estampido cercano de cañones;
gentes que lucran por diversas artes.

Mas ¡ya! mientras la turba se divierte,
y se agita en ruidoso movimiento
como una mar de embravecidas olas,

circula por mi ser frío de **muerte**
y en lo interior del alma sólo siento
ansia infinita de llorar a solas.

GABRIEL MUÑOZ (1864-1908), venezolano. Un soneto:

Miré sobre una **tumba** en que el olvido
descargó su impiedad y sus rigores,
entre el ramaje de tupidas flores
un pequeño nidal casi escondido.

¡Quién tuviera epitafio tan sentido!,
me dije, y recordando mis dolores:
¡También sobre una **tumba** mis amores
entre rosas de amor tienen el nido!

Los dones de la gloria apetecida
no anhelo para mí cuando **sucumba**:
se borra la inscripción adolorida;

muere la flor, la **estatua** se derrumba...
¡amigos! Como imagen de mi vida
un nido colocad sobre mi **tumba**.

MIGUEL DE UNAMUNO (1864-1936). Tres sonetos:

Fue tu vida pasión en el desierto
mar de la pena, bajo la tormenta
del **viento** que las olas acrecienta
soñando siempre en el lejano puerto.

Nunca viste a piedad el cielo abierto,
luchaste sin la **luz** que al bravo alienta
contra la suerte, fría y avarienta,
y empiezas a vivir después de **muerto**.

Llegan ahora a cantar sobre tu **tumba**
los que por fin dejaron de temerte;
el eco de la gloria no retumba

sino al arrimo de tu oído inerte;
menester es que el héroe sucumba
para cobrar justicia de la **muerte**.

* * *

Oír llover no más, sentirme vivo;
el **universo** convertido en bruma
y encima mi conciencia como espuma
en que el pausado **gotear** recibo.

Muerto en mí todo lo que sea activo,
mientras toda **visión la lluvia** esfuma,
y allá abajo la sima en que se suma
de la clepsidra el **agua**; y el archivo

de mi memoria, de recuerdos mudo;
el ánimo saciado en puro inerte;
sin **lanza** y por lo tanto sin escudo,

a merced de los **vientos** de la suerte;
este vivir, que es el vivir desnudo,
¿no es acaso la vida de la **muerte**?

* * *

Este **buitre voraz** de ceño torvo
que me **devora** las entrañas fiero
y es mi único constante compañero
labra mis penas con su **pico** corvo.

El día en que le toque el **postrer sorbo**
apurar de mi negra sangre quiero
que me dejéis con él solo y señero
un momento, sin nadie como estorbo.

Pues quiero, triunfo haciendo mi agonía,
mientras él mi último despojo **traga**,
sorprender en sus **ojos** la sombría

mirada al ver la suerte que le amaga
sin esta presa en que satisfacía
el **hambre** atroz que nunca se le apaga.

LUIS GUSTAVO URBINA (1868-1931), mejicano. Un soneto:

Blanca como esta noche no he visto cosa alguna:
ni el mármol, ni la nieve, ni el armiño. Semeja
el cielo, un gran abismo de plata, que **refleja**
su luz, en otro abismo de cristal: la laguna.

Sólo, de tarde, en tarde, pasa, pequeña y bruna,
la góndola, que efímero surco ondulante deja;
y cuando, hacia las brumas **rutilantes**, se aleja,
todo es latir de **astros**; todo, **fulgor de luna**.

¿Dónde están los colores? En uno se han fundido.
El negro huyó a esconderse. El azul se ha dormido.
El blanco, puro y virgen, sus imperios rescata.

Y en el silencio vasto, **sideral** y profundo,
parece que esta noche se va a **morir el mundo**
con una inmensa muerte de cristal y de plata.

JULIO FLOREZ (1869-1923), colombiano. Un soneto:

Algo se **muere** en mí todos los días:
la hora que se aleja me arrebató,
del tiempo en la insonora **catarata**,
salud, amor, ensueños y alegrías.

Al contemplar las ilusiones mías
pienso: “Yo no soy yo” ¿Por qué insensata,
la misma vida con su soplo **mata**
mi antiguo ser tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios **ojos**,
un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba **flores** y hoy... abrojos

y en tal instante es tal mi desconcierto,
que, ante mi **muerte** próxima, imagino
que muchas veces en la vida he **muerto**.

JOSÉ MARÍA PINO SUÁREZ (1869-1913), mejicano. Dos sonetos:

No eres tú la traidora, la enemiga,
odiada por tiránica y terrible,
que sin descanso mueves la invencible,
guadaña segadora en tu cuadriga.

Tu blanca mano de infortunio amiga,
los lazos del dolor corta apacible,
y la vida del cardo aborrecible,
mata aunque ciegue la dorada espiga.

Te calumnian, tú no eres la traidora,
enemiga del hombre, despiadada,
ni tampoco la maga tentadora

que un más allá prometes de la nada:
tú sólo eres la **pálida enlutada**,
¡del pobre corazón libertadora!

No interrumpáis con la mundana pompa,
la inmensa calma en que abismarme ansío
ni intentéis reanimar mi **cuerpo frío**,
doliente lira o funeraria pompa.

Dejad que el velo de su cárcel rompa,
y callada se inmerja en el vacío,
la vida que alentara el pecho mío,
y que el **cuerpo en la tierra se corrompa**.

No penséis profanar el gran misterio,
que vela tras la sombra de la **muerte**
y suspira en la calma de la noche

y vaga en la quietud del **cementerio**.
Dejad que arrulle a la materia **inerte**,
¡naturaleza en su triunfal derroche!

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ (1871-1952), mejicano.

Cinco sonetos:

Amor me resucita y me da **muerte**;
hiere mi corazón y me **ilumina**
con su cárdena **luz** o me **calcina**
y me arroja a la escoria de mi suerte.

Amor me hace caer o me alza fuerte;
a su empuje soy caña y soy encina;
me ha dado la canción, que me **alucina**,
y el silencio profundo, que me advierte.

No te vayas, amor, que el ansia dura;
muéveme a tu placer y a la ventura;
no te escapes, amor que aun es temprano.

Salga tu nombre, que mi **sed** invoca,
con el último aliento de mi boca.
Y muera por la herida de tu mano.

* * *

En las pálidas manos sostenía
un ramo de azucenas la inocente,
y al través de ropaje transparente,
más aérea, más blanca parecía.

La corona de lirios se perdía
en los alpinos hielos de su frente.
¡Qué tránsito de paz, qué dulcemente
se disipó en la vaga lejanía!

Sutil esencia que en abierto vaso
un efímero olor deja a su paso
cuando en alas del viento se consume,

al sentir el embate de las penas,
ella se **consumió** dejando apenas
el recuerdo fugaz de su perfume.

* * *

Era un griego perfil: la blanca frente
con su curva elegante y delicada;
melancólica y dulce la mirada,
y la **boca** divina y sonriente.

Desnudo el fino cuello; la **esplendente**
y rubia cabellera destrenzada
envolvía la faz inmaculada
en un nimbo de **oro refulgente**.

Encerrado en el marco polvoriento,
por largas horas a mirar me siento
la misteriosa faz descolorida;

y de la estancia en la penumbra incierta,
asoma al rostro de la virgen **muerta**
una fugaz emanación de vida.

* * *

No ha de besarme en la angustiada hora
de mi trance **mortal**, y será en vano
que busque la caricia de su mano
con el afán con que la busco ahora.

Será el **morir** como distante aurora
perdida en **sueños**; sentiré cercano
el leve soplo de un suspiro hermano
o la filial desolación que llora.

Su beso, no; la trágica amargura
de su último mirar en mí perdura
cada vez más tenaz y más adentro.

Aquellos **ojos de paloma herida**
sellaron la suprema despedida
por si no hay otro viaje ni otro encuentro.

* * *

Rendirse al **sueño**, y al cerrar los **ojos**,
el ala desplegar la fantasía
y convertir en plácida alegría
lo que antes era desazón y enojos;

verte llegar con púdicos sonrojos,
pronta a mis ansias y a mis ruegos pía,
y sentir en la frente, como un día,
el casto beso de tus **labios** rojos;

y luego, al despertar, **roto el ensueño**,
hallar la soledad, ver sólo enfrente
de la verdad el implacable ceño.

Si la ilusión halagadora miente,
si la dicha fugaz vive en el **sueño**
¿No era mejor **dormir eternamente**?

JULIO HERRERA Y REISSIG (1875-1910), uruguayo. Diez ejemplos:

La **tumba**, que ensañóse con mi suerte,
me vio acercar a vacilante paso,
como un ebrio de horrores que al acaso
gustase la ilusión de sustraerte.

En una larga extenuación inerte,
pude medir la infinidad del caso,
mientras que se pintaba en el ocaso
la dulce primavera de tu **muerte**.

La **estrella** que amparónos tantas veces,
y que arrojara, en medio de las preces,
un puñado de **luz** en tus despojos,

Hablóme al alma, saboreando llanto:
“¡Oh hermano, cuánta vida en esos **ojos**
que se apagaron de **alumbrarnos** tanto!”

* * *

Surgiste, emperatriz de los altares,
esposa de tu dulce Nazareno,
con tu atavío vaporoso, lleno
de piedras, brazaletes y collares.

Celoso de tus júbilos albares,
el **ataúd** se recogió en su seno,
y hubo en tu místico perfil un pleno
desmayo de crepúsculos **lunares**.

Al contemplar tu cabellera **muerta**,
avivóse en tu espíritu una incierta
huella de amor. Y mientras que los bronce

se alegraban, brotaron tus **pupilas**
lágrimas que ignoraran hasta entonces
la senda en flor de tus ojeras lilas.

* * *

Mirándome en lectura sugerente,
llegué al epílogo de mis quimeras;
tus **ojos de palomas** mensajeras
volvían de los **astros** dulcemente.

Tenía que decirte las postreras
palabras, y callé espantosamente;
tenía que llorar mis primaveras,
y sonreí, feroz... indiferente.

La **luna**, que también calla su pena,
me comprendió como una hermana buena.
Ni una inquietud, ni un ademán, ni un modo;

un beso helado, una palabra helada.
Un beso, una palabra, eso fue todo:
¡todo pasó sin que pasase nada!

* * *

Anoche vino a mí, de terciopelo;
sangraba fuego de su herida abierta;
era su palidez de pobre **muerta**
y sus náufragos **ojos** sin consuelo.

Sobre su mustia frente descubierta
languidecía un **fúnebre asfodelo**,
y un perro aullaba, en la amplitud de **hielo**,
al doble **cuerno de una luna** incierta.

Yacía el índice en su **labio**, fijo
como por gracia de hechicero encanto,
y luego que, movido por su llanto,

quién era, al fin, la interrogué, me dijo:
—Ya ni siquiera me conoces, hijo:
¡si soy tu alma que ha sufrido tanto!

* * *

Por aquella que siempre me acompaña,
y a quien canto en mis versos, sientes duda,
que llora cuando lloro y que restaña
mi negra **herida** con su mano ruda.

No hay sino ella que a mi noche acuda,
con frente desolada y alma extraña,
a darme el beso de su boca huraña
y mirarme con **ojos** de viuda.

Ella es mi hermana de melancolía,
que, con pálida mano de abadesa,
de mustia **luna** mi camino alfombra.

¡Ay si te viera, cuánto te amaría
la triste soledad, tu rival, esa
que odias y es apenas una sombra!

* * *

Nada en mis **labios**. Nada en su mirada.
No había en nuestras almas ni una huella
de aquel amor, que, vagabunda **estrella**,
ardió una noche y se perdió en la nada.

¡**Inmóvil**, muda, sin color, helada!
Ni un triste adiós, ni una postrer querella.
Yo bostezaba de agonía, y ella
rió como una **muerta** embalsamada.

En una trémula capilla ardiente
trocóse el ancho azul. Macabramente,
el carro de los **astros** –regio coche

fúnebre del sepelio del olvido—
se apareció a mi estro; y sin ruido
nos envolvió el sudario de la noche.

* * *

Ante la **tumba**, que el destino torvo
abriera por tu amor, nos citó a juicio
la honda conciencia, y fue nuestro suplicio
como un **vampiro** de implacable morbo.

Bajo el influjo del menguante corvo,
que **acuchillaba** un grave maleficio,
bebimos el horror del sacrificio,
agonía a agonía y sorbo a sorbo.

Sudando noche y asumiendo abismos,
borramos algo de nosotros mismos.
Fue entonces que con **fúnebre** embeleso

¡ay!, saboreamos la crueldad vencida.
Y ahogando de dolor un postrer beso
partimos en silencio hacia la vida.

* * *

¡Mustio, fugaz y tétrico amaranto!
Tu precoz primavera se ahogó un día
en la **escarcha** final. La negra harpía
te vio y celosa te raptó a mi encanto.

Ante la escala de **ultratumba**, tanto
fue tu enajenamiento de agonía,
que en la ansiedad de tu sonrisa **ardía**
la misteriosa insinuación de un canto.

Soñé en la tarde —con molicie **inerte**—
darte mi único beso: el de la **muerte**.
Con trágicas fruiciones, paso a paso,

gusté en tus **labios** la fatal delicia,
¡mientras sensible a mi primer caricia,
se sonrojó tu alma en el ocaso!

* * *

Pasó en un mundo saturnal. Yacía
bajo cien noches pavorosas, y era
mi **féretro** el olvido. Ya la cera
de tus ojos sin lágrimas no **ardía**.

Se adelantó el **enterrador** con fría
desolación. Bramaba en la ribera
de la morosa eternidad la austera
muerte hacia la infeliz melancolía.

Sentí en los labios el dolor de un beso.
No pude hablar. En mi **ataúd** de yeso
se deslizó tu forma transparente.

Y en la sorda ebriedad de nuestros mimos
anocheció la tapa y nos dormimos
espiritualizadísimamente.

* * *

Ya no te amaba, sin dejar por eso
de amar la sombra de tu amor distante.
Ya no te amaba, y sin embargo el beso
de la repulsa nos unió un instante.

Agrio placer y bárbaro embeleso
crispó mi faz, me demudó el semblante.
Ya no te amaba, y me turbé, no obstante,
como una virgen en un bosque espeso.

Y ya perdida para siempre, al verte
anochece en el eterno **luto**
—mudo el amor, el corazón **inerte**—

huraño, atroz, inexorable, hirsuto.
¡Jamás viví como en aquella **muerte**,
nunca te amé como en aquel minuto!

JUANA BORRERO (1877-96), cubana, un soneto:

Quiero morir cuando al nacer la aurora
su clara **lumbre** sobre el mundo vierte,
cuando por vez postrera me despierte
la caricia del sol abrasadora.

Quiero, al finalizar la última hora,
cuando me invada el hielo de la **muerte**,
sentir que se doblega el cuerpo inerte
inundado de **luz deslumbradora**.

¡**Morir** entonces! ¡Cuando el sol naciente
con su fecundo **resplandor** ahuyente
de la fúnebre noche la tristeza,

cuando **radiante** de hermosura y vida
al cerrarme los ojos, me despida
con un canto de amor Naturaleza.

RICARDO ROJAS (1882-1957), argentino. Un soneto:

Noche otoñal. Afuera el **viento** zumba
con un rumor extraño y desgarrante,
y en la nostalgia de tu amor distante,
pienso en ti y en mi madre y en la **tumba**.

Como algo que en la noche se derrumba,
mi corazón resuena palpitante,
y ante mi absorto espíritu de amante,
pasas como una sombra de **ultratumba**.

La **luna** aciaga desde el cielo vierte
sobre los campos una **luz de muerte**;
vuelan al **viento** de la noche, mustias,

las secas hojas que el otoño arranca,
y en aquel haz **lunar de lumbre** blanca,
pasan nuestras dos lívidas angustias.

HILARIÓN CABRISAS (1883-1939), cubano. Tres sonetos:

Haré de ti para mi pecho escudo
y férrea adarga haré para mi brazo;
para mi corazón amante un lazo
que a ti me ate en apretado nudo.

Me ofreceré a tu amor todo desnudo
y calmaré mi **ardor** en tu regazo;
y te ungiré los **senos** con mi vaso
de amor en éxtasis eterno y mudo.

Lámpara ardiente encenderé, si me amas,
y el calor voluptuoso de sus **llamas**
a los dos nos dará la misma suerte.

Que si tu amor es como el amor mío
no lo habrá de apagar ni mar ni río:
¡porque es más fuerte que la misma **muerte**!

* * *

¡Te perdí para siempre! El torbellino
de la ciudad, te arrebató inclemente.
Ya nunca volveré a besar tu frente
ni beberemos juntos nuestro **vino**.

La vida bifurcó nuestro camino;
ya no vamos del brazo alegremente,
ni apaga nuestra **sed** la misma fuente,
ni tú oyes mi canción, ni yo tu trino.

¡Y no hubo ni un adiós! Fue lo insondable:
el silencio... el dolor... lo irremediable;
la atroz sonrisa y la fingida calma!

Después, cargué mi amor, rígido y yerto.
Lloré mucho; recé; velé a mi **muerto**,
¡y me enterré el **cadáver** en el alma!

* * *

Cuando yo **muera** —ha de llegarme el día
antes que a ti— al cerrar mis ojos **yertos**,
piensa que si aun hay vida entre los **muertos**
te seguiré queriendo todavía.

En mi ansiedad suprema de agonía
mis labios secos, torpes y entreabiertos,
aun sin calor, se moverán inciertos
por balbucear tu nombre, amada mía.

Ese será tu triunfo. En esa hora
tú, de mi vida absurda embrujadora,
sabrás, al fin, cuánto te amé y sufrí.

Y dirás: —A las otras mintió amores;
pero ninguna le causó dolores
de amor, ¡porque no amaba sino a mí!

ALFONSINA STORNI (1892-1938), argentina. Tres sonetos:

La vida tuya **sangre** mía abona
y te amo a **muerte**, te amo; si pudiera
bajo los cielos negros te **comiera**
el corazón con dientes de leona.

Antes de conocerte era ladrona
y ahora soy menguada prisionera.
¡Cómo luces de bien, mi primavera!
¡Cómo **brilla** en tu frente mi corona!

Sangre que es mía en tus pupilas arde
y entre tus **labios** pone cada tarde
las **uvas** dulces con que Pan convida.

Y en tanto, **flor** sin aire, **flor** en gruta,
me exprimo toda en ti como una **fruta**
y entre tus manos **se me va la vida.**

* * *

Ya te hundes **sol**; mis **aguas** se coloran
de **llamaradas por morir**; ya cae
mi corazón deshenebrado, y trae
la noche filos que en el **viento** lloran.

Ya en opacas orillas se avizoran
manadas negras; ya mi lengua atrae
betún de **muerte**; y ya no se distrae
de mí la **espina**; y sombras me **devoran.**

Pellejo **muerto**, el **sol** se tumba al cabo.
Como un perro girando sobre el rabo,
la tierra se echa a descansar, cansada.

Mano huesosa apaga los **luceros**:
chirrían, pedregosos sus senderos,
con la **pupila** negra y descarnada.

* * *

A DELMIRA AGUSTINI

Estás **muerta** y tu cuerpo, bajo uruguayo manto,
descansa de su **fuego**, se limpia de su **llama**.
Sólo desde tus libros tu roja **lengua** llama
como cuando vivías al amor y al encanto.

Hoy, si un alma de tantas, sentenciosa y oscura,
con palabras pesadas va a **sangrarte** el oído,
encogida en tu pobre cajoncito roído
no puedes contestarle desde tu **sepultura**.

Pero sobre tu **pecho**, para siempre deshecho,
comprensivo vigila todavía mi **pecho**.
Y si ofendida lloras por tus cuencas abiertas,

tus lágrimas heladas, con mano tan liviana
que más que mano amiga parece mano hermana,
te enjugo dulcemente las tristes cuencas **muertas**.

JUANA DE IBARBOUROU (1895-1980), uruguaya. Un soneto:

He de tener mis sauces, mis mastines,
mis rosas y jacintos, como antes.
Han de volver mis duendes caminantes
y mi marina flota de **delfines**.

Retornarán los claros serafines,
mis circos con enanos y elefantes,
mis mañanas de abril, **alucinantes**
en mi caballo de alisadas crines.

He de **beber la vida hasta la piedra**
y en el menguado **zumo** de la hiedra
y en la sal de la lágrima furtiva,

porque regreso de la **muerte** y tengo
el terror del vacío de que vengo
y la embriaguez hambrienta de estar viva.

CARLOS PELLICER (1897-1977), mejicano. Tres sonetos:

¿Cómo sabiendo que Tú eres la vida,
ando en la **muerte** lleno de alborozo?
Me inclino sobre mí como ante un pozo:
¡y en sombras bajas, la **estrella encendida**!

Qué espesor de silencio en esa **herida**
tan desagrada como un calabozo.
Pero allá abajo **chispea** con gozo
esa punta de **sol** jamás partida.

Si te quiero cubrir, pequeño abismo,
sería sepultarme así en mí mismo.
Pero al cerrar los **ojos**, en mis **ojos**

la inescondible **luz**, allí estaría.
Y entre la destrucción y sus despojos
deja esa **luz** su cordial joyería.

* * *

Siento en mi desnudez, rampa y ceniza
por donde suben **ángeles de fuego**,
caer la lluvia con tendido apego
y en cada poro hallar **luz** llovediza.

Y soy la nube que en **volcán** se iza
aparentando sólido sosiego,
y el clima **azul** del aire solariego
con impalpable don la encoleriza.

Tal pensé y escribí. Y a medio cielo,
el **sol** igual a mí, desnudo y fuerte,
acompañó mi material desvelo.

Y el campo y yo temblamos de tal suerte
como si en un jardín, a trino y vuelo,
cruzara un **ruiseñor lleno de muerte**.

* * *

Señor, tenme piedad, bajo el escombro
desta noche de **púas y venenos**.
Relampaguea, mírame en qué cienos
podro la voz con que al **azul** te nombro.

Haz que vaya otra vez hombro con hombro
con la alegre verdad que hiciste llenos
mis **ojos peces de amargados senos**
que miran sin belleza y sin asombro.

Una callada tempestad asoma
y se lleva la sombra. Una **paloma**
vuela sobre las brújulas destruidas.

Se ve el retoño entre mi **pecho** fuerte,
y un **ángel** con las alas compungidas
se interpuso entre mí y aquella **muerte**.

FEDERICO GARCÍA LORCA (1898-1936). Dos sonetos:

Yo sé que mi perfil será tranquilo
en el musgo de un norte sin **reflejo**.
Mercurio de vigilia, casto **espejo**
donde se **quiebre** el pulso de mi estilo.

Que si la yedra y el frescor del hilo
fue la norma del **cuerpo que yo dejo**,
mi perfil en la arena será un viejo
silencio sin rubor de cocodrilo.

Y aunque nunca tendrá **sabor de llama**
mi lengua de **palomas** ateridas
si no de cierto gusto de retama,

libre signo de normas oprimidas
seré en el cuello de la yerta rama
y en el sinfín de **dalias** doloridas.

Amor de mis entrañas, viva **muerte**,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso, con la flor que se marchita,
que si vivo sin mí quiero perderte.

El aire es inmortal. La **pedra** inerte
ni conoce la sombra ni la evita.
Corazón interior no necesita
la **miel helada que la luna vierte**.

Pero yo te sufrí. **Rasgué mis venas**,
tigre y paloma sobre tu cintura
en duelo de **mordiscos** y azucenas.

Llena, pues, de palabras mi locura
o déjame vivir en mi serena
noche del alma para siempre oscura.

JOSÉ GOROSTIZA (1901-73), mejicano. Dos sonetos:

¡Agua, no huyas de la **sed**, detente!
Detente, oh claro insomnio, en la llanura
de este **sueño** sin párpados que apura
el idioma **febril de la corriente**.

No el tierno simulacro que te miente,
entre rumores, viva; no, madura,
ama la **sed** esa tensión de hondura
con que saltó tu **flecha de la fuente**.

Detén, **agua**, tu prisa, porque en tanto
te ciegue el ojo y te estrangule el canto,
dictar debieras a la **muerte** zonas;

que por tu propia **muerte** concebida,
sólo me das la piel endurecida
¡oh movimiento, **sierpe**! que abandonas.

En el espacio insomne que separa
el **fruto de la flor**, el pensamiento
del acto en que germina su aislamiento,
una **muerte de agujas** me acapara.

Febril, abeja de la carne, avara,
algo estrangula en mí a cada momento.
Usa mi voz, se nutre de mi aliento,
impone muecas turbias a mi cara.

¿Qué amor, no obstante, en su rigor acierta
a destruir este hálito enemigo
que a compás con mi pulso me desierta?

¡Templado **hielo**, sí, glacial abrigo!
¡Cuánto –para que dure en él– liberta
en mí, que ya no **morirá** conmigo!

LUIS CERNUDA (1902-63). Un soneto:

Vidrio de **agua** en la mano del hastío.
Ya retornan las nubes en bandadas
por el cielo, con **luces** embozadas
huyendo al asfaltado en desvarío.

Y la fuga hacia dentro. Ciñe el frío,
lento **reptil, sus furias congeladas**;
la soledad, tras las puertas cerradas,
abre la **luz** sobre el papel vacío.

Las palabras que velan el secreto
placer, y el labio virgen no lo sabe;
el sueño, embelesado e indolente,

entre sus propias nieblas va sujeto,
negándose a **morir**. Y sólo cabe
la belleza fugaz bajo la frente.

GERMÁN PARDO GARCÍA (1902-91), colombiano. Diez sonetos:

Yo le honro en mi ser y le venero
sobre las aras que a su amor levanto,
cuando en las noches ábrese su manto
de limpia nube y de caudal **lucero**.

Soy un mendigo de su **luz y muero**
de amor celeste y de anhelarle tanto,
y en ansiedad de júbilo y de espanto
su aparición **deslumbradora** espero.

Ardo en la luz, apasionadamente.
Y mientras el silencio de la frente
al corazón su soledad inclina,

una lágrima fiel trémula baja,
y en el **fulgor** de su amargura cuaja
la **perla azul** de mi pasión divina.

* * *

Hablo de una presencia desolada.
De una raíz con su sabor de suelo.
De una hoja en sus ámbitos de cielo,
viva de azul, de claridad, de nada.

De un árbol corazón, vida encarnada
y ansiedad a los tránsitos del vuelo.
De un corazón alzado hacia el desvelo,
y agónico de sombra **iluminada**.

Hablo de una presencia desasida.
De una **muerte en la luz** y de una vida
plena de abismo y de estupor profundo.

De una fuerza en sus órbitas **muriendo**.
De un árbol corazón que está viviendo
de la entraña recóndita del **mundo**.

* * *

Encontré la grandeza en lo pequeño
y guardo en mi interior la miniatura
de un **orbe** reducido a la escultura
de una montaña en su espectral diseño.

De la gris pequeñez súbdito y dueño,
reduje el mar a un gramo de **amargura**
y sometí a su mínima clausura
la fuerza enorme y **sideral del Sueño**.

Esos terrones pesan toneladas.
Venid a levantarlos si es tan fuerte
vuestro espíritu de ondas musculadas.

Ese **granizo exánime** es lo inerte
y esos **tizones son mis llamaradas**,
y esa **hormiga la sombra de la Muerte**.

* * *

Resplandece de hidrógeno y su llama
lo inviste y jerarquiza y lo carbura.
En el centro brutal de la estatura,
motorizado el corazón le brama.

¡Quiero **morir**!, atormentado exclama.
¡El **fuego me enceguece** y me tortura!
¡Oh lívida mecánica, oh pavora
que en átomos su cólera derrama!

Quiere **morir**, pero incombusto vuela.
Y al arrastrar la propulsora estela,
encumbra al **sol** su enfurecido ruego.

Y cuando el **astro** nuclear lo incauta,
los **ojos** del terrible selenauta
se transforman en bólidos de **fuego**.

* * *

Brillar es mi destino. Soy lucero
de la más apartada lejanía.
Sólo me **ven miradas** de osadía
más allá de los átomos y entero.

Y cercano también y compañero,
comparto la pobreza labrantía
y estoy en la ignorada artesanía
lo mismo que en el polvo del sendero.

Brillar, brillar hasta agotar la ira
de **arder** que siento. Mi avidez no mira
sino **ardor** en los montes, las escamas

del submar, los navíos y las nubes.
¡Oh mundo mío que a la **muerte subes**
entre un inmenso resplandor de llamas!

* * *

De mi sabiduría es lo más alto
lo que más sumergido en mí trabaja:
aliento pulmonar que sube y baja,
moléculas de oculto sobresalto.

No entendería el **estelar** asalto
que da a las nubes su estupenda faja,
si no fuera el **cuchillo** con que taja
la tiniebla su fúnebre cobalto.

Me afianzo en lo proclive cual demiurgo
de los hoyos, ¡oh Abismo taumaturgo
que en mis paredes **cósmicas** retumbas!

Lo que sé de la vida y su grandeza,
lo aprendí de mi pávida certeza
de tanto caminar entre las **tumbas**.

La sombra es lo más fiel a este ser mío.
Extraño padre sin ternura y ciego,
a los que ama mi espíritu les niego
la incombustión, la oscuridad, el frío.

¡A **morir en la luz** los extravió!
¡El Iniciado soy, **Ángel del Fuego**,
y ceguedad y corazón entrego
al **Cosmos que arde** sin hallar vacío!

Y a esta sombra de mí que se adelanta
si me adelanto; que padece y canta
con mi armonía y su temblor interno,

como a todo lo que amo y me **lacera**,
a esta sombra de oscura cabellera
la **sepulto en el odio del Infierno**.

* * *

Divulgué con pasión lo que sabía:
cosas rudimentarias de la tierra
y el misterio del árbol cuando cierra
su foliación al destroncarse el día.

Dije que la raíz de la energía
es espacial; que el **sol** sobre la sierra
finge un apóstol, y que el **fuego** encierra
la dualidad de la sabiduría.

A un pinzón enseñé cómo se canta:
con las sienes **sangrando** y la garganta
quemándose al ardor del orbe mudo.

Y exclamé que la **muerte** es la pureza
desnudando su **astral** naturaleza,
y a su gris desnudez entro desnudo.

* * *

Conmoción de las noches estivales
perturbadas por algo tan divino,
que no florece en la raíz del trino
ni apresura los **cósmicos** trigales.

¡Oh formas de la noche, intemporales
como la **luz**! ¡Oh **arterias**, oh camino
que volvías del fin de mi destino,
trayéndome cenizas **sepulcrales**!

Tú me hablabas, ¡oh Ser que ya no siento!
¡Y la **luna en los tránsitos del viento**,
subía inmaterial desde los nidos!

¡Oh ausencias insepultas, oh distancias!
¡Oh dispersión de nombres y fragancias!
¡Oh **muertos** inundando los sentidos!

* * *

Púlsame como a un arpa. Fui una lira
de misterio y temblor. Púlsame al viento,
Arcángel Musical del Movimiento
divino que **arde y al quemar** suspira.

Fui Música y soy Música y delira
mi espíritu al vibrar. **Hiéreme** lento
y arráncame hasta el último momento
la Música que soy, ángel sin ira.

Voy a **morir** cantando y mi sentido
musicalizará hasta que el sonido
del **Cosmos y sus trágicas centellas**

corporice en mi música del Mundo.
Arcángel Musical de lo Profundo:
trasládame a cantar a las **estrellas**.

ELÍAS NANDINO (1903-81), mejicano. Siete sonetos:

Está próximo el fin, ya se avizora
el labio del abismo en que comienza
la flotación de la caída inmensa
en esa inmensidad de hora sin hora.

Mas mi nocturno amor que se enamora,
y enamorado siente que se extensa
su amor en cada día, nunca piensa
en que amando la **muerte** se elabora.

¡El amor es amar!, y nada importa
que mi cuerpo dolido se consuma
si él se da con fervor inagotado.

—¡Amar amor, porque la vida es corta,
y existir de verdad sólo es la suma
de los tiempos de amor enamorado!

* * *

Nocturno amor: si se nos va la vida,
si en cada instante nuestra **muerte** avanza,
si tu fuga se alienta en mi esperanza
y mi esperanza es **lumbre** consumida;

si ya no tengo un **sueño sin herida**,
y nostálgico mido tu tardanza
cuando lejos de mí la **sed** te lanza
a perseguir la dicha presentida,

¿por qué te obstinas en alzar el vuelo
que a todo rumbo tu ansiedad aboca
si mi cuerpo no siente tu osasía?

Amor, no busques más y da consuelo
a mi postrado corazón de **roca**,
quedándote conmigo noche y día.

* * *

¿A quién puedo acudir en mi tortura?
¿A qué divinidad, a qué **lucero**
podré rogar que el corazón que quiero
comprenda el **manantial** de mi dulzura?

¿A quién debo llamar en esta oscura
quemazón de mi sangre en que yo muero?
¿A quién, en el dolor que desespero,
podré implorar un poco de ternura?

¿A quién, a quién en mi amoroso **infierno**
confesaré la exacta biografía
de mi secreto amor **enardecido?**

Debe de haber en el girar eterno
algo, que al escuchar mi voz sombría,
le lleve mis palabras a su oído.

* * *

¿Cuántas transmutaciones has pasado?
¿Cuántos siglos de **luz**, cuántos colores,
nebulosas, crepúsculos y flores
para llegar a ser, has transitado?

¿En qué **constelaciones** has brillado?
¿Después de cuántas **muer**tes y dolores,
de **huracanes**, **relámpagos** y albores
la forma corporal has conquistado?

No puede concebir mi pensamiento
esa edad atmosférica que hicimos
en giratoria espera; mas yo siento

que milenios de **lumbres** anduvimos
esperanzados en el **firmamento**,
hasta unir este amor con que existimos.

* * *

Estoy solo en el grito inesperado
que lanzo en mi sabor de oscuridades,
para llenar de voz mis soledades
y revivir mi ser deshabitado.

Mi cuerpo se atormenta, desolado,
en una larga sombra de crueldades
y el pensamiento rueda en tempestades
de presencias de **infierno** exasperado.

Corre miedo de **muerte** por mis venas
y mi **sangre** dolida se adelgaza
en una pena que temblores llora.

Si **muerto** estoy entre las muertes llenas
de la inquietud de **muerte que me abrasa**,
¿con qué **muerte** podré **morirme** ahora?

* * *

No sé cómo mirar para encontrarte,
horizonte de amor en que me excito,
distancia sin medida donde habito
para matar las ansias de tocarte.

No sé cómo gritar para llamarte
en medio de mis siglos de infinito
dónde nace el silencio de mi grito
movido por la **sangre** de buscarte.

Mirar sin que te alcance la mirada;
sangrar sin la presencia de una herida;
llamarte sin oírme la llamada;

Y, atado al corazón que no te olvida,
ser un **muerto** que tiene por morada
un cuerpo que ni vive sin tu vida.

* * *

Muerte mía, disuelta en mi tortura
—penumbra de las **uvas** en el vino—
como en el **agua** está el azul marino
que expira en incolor si se captura.

Muerte mía—presencia sin figura—
la sombra de tus sombras adivino
como el eco que espera bajo el trino
y en silencio glacial se transfigura.

En mi carne te llevo sumergida,
viva **llama de sueños que alimento**
con el caudal secreto de mi esencia;

porque formas el goce de mi vida,
la arena movediza que yo siento,
que **bebe**, gota a gota, mi existencia.

XAVIER VILLAURRUTIA (1903-50), mejicano. Un soneto:

Amar es prolongar el breve instante
de angustia, de ansiedad y de tormento
en que, mientras espero, te presiento
en la sombra suspenso y delirante.

¡Yo quisiera anular de tu cambiante
y fugitivo ser el movimiento,
y cautivarte con el pensamiento
y por él sólo ser tu solo amante!

Pues si no quiero ver, mientras avanza
el tiempo indiferente, a quien más quiero,
para soñar despierto en su tardanza

la sola posesión de lo que espero,
es porque cuando llega mi esperanza
es cuando ya sin esperanza **muero**.

EUGENIO FLORIT (1903-97), cubano. Un soneto:

Habréis de conocer que **estuve vivo**
por una sombra que tendrá mi frente.
Sólo en mi frente la inquietud presente
que hoy guardo en mí, de mi dolor cautivo.

Blanca la faz, sin el **ardor** lascivo,
sin el sueño prendiéndose a la mente.
Ya sobre mí, callado eternamente,
la rosa de papel y el verde olivo.

Qué sueño sin ensueños torcedores,
abierta el alma a trémulas caricias
y sobre el corazón fijas las manos.

Qué lejana la voz de los amores.
Con qué sabor la **boca** a las delicias
de todos los serenos oceános.

PABLO NERUDA (1904-73), chileno. Un soneto:

No te quiero sino porque te quiero
y de quererte a no quererte llego
y de esperarte cuando no te espero
pasa mi corazón del frío al **fuego**.

Te quiero sólo porque a ti te quiero,
te odio sin fin, y odiándote te ruego,
y la medida de mi amor viajero
es no verte y amarte como un ciego.

Tal vez consumirá la **luz** de enero,
su **rayo** cruel, mi corazón entero,
robándome la llave del sosiego.

En esta historia sólo yo me **muero**
y moriré de amor porque te quiero,
porque te quiero, amor, a **sangre y fuego**.

PABLO LE RIVEREND (1907), cubano. Un soneto:

Cuando el oscuro verso **traslumbrado**
remueva de mi carne el desaliento,
(aunque sea tan sólo ese momento
un suspiro de **luz** equivocado);

cuando abierta la sima haya cuajado
la **sangre** de un adiós, el ceniciento
espíritu de olvido o un lamento
pernicioso entre **ortigas** irritado;

cuando no quede rostro de mi nada
y la estéril cabeza sin almohada
no sirva ni de orgullo para tema,

cuando todo cantar esté abolido
y el ritmo se halle **muerto** en el oído
renaceré mi vida en un poema.

MIGUEL HERNÁNDEZ (1910-42). Siete sonetos:

Astros momificados y bravíos
sobre cielos de abismos y barrancas,
como densas coronas de carlancas
y de erizados pensamientos míos.

Bajo la **luz mortal** de los estíos,
zancas y **uñas** se os ponen oriblancas,
y os azuzáis las uñas y las zancas
¡en qué airados y eternos desafíos!

¡Qué dolor vuestro tacto y vuestra **vista**!
intimidáis los ánimos más fuertes,
anatómicas penas vegetales.

Todo es peligro de agresiva **arista**,
sugerencia de huesos y de **muer**tes,
inminencia de **hogueras** y de males.

* * *

No me conformo, no: me desespero
como si fuera un **huracán de lava**
en el presidio de una almendra esclava
o en el penal colgante de un jilguero.

Besarte fue besar un **avispero**
que me clava en tormento y me desclava
y **cava un hoyo fúnebre** y lo cava
dentro del corazón donde me **muerdo**.

No me conformo, no: ya es tanto y tanto
idolstrar la imagen de tu beso
y perseguir el curso de tu aroma.

Un **enterrado** vivo por el llanto,
una revolución dentro de un hueso,
un **rayo** soy sujeto a una redoma.

* * *

La **muerte**, toda llena de **agujeros**
y **cuernos** de su mismo desenlace,
bajo una piel de **toro** pisa y paca
un **luminoso** prado de toreros.

Volcánicos bramidos, humos fieros
de general amor por cuanto nace,
a **llamaradas** echa mientras hace
morir a los tranquilos ganaderos.

Ya puedes, amorosa fiera **hambrienta**,
pastar mi corazón, trágica grama,
si te gusta lo **amargo** de su asunto.

Un amor hacia todo me atormenta
como a ti, y hacia todo se derrama
mi corazón vestido de **difunto**.

* * *

Silencio de **metal** triste y sonoro;
agrupa **espadas**, acumula amores
en el final de huesos destructores
de la región volcánica del **toro**.

Una humedad de femenino oro
que olió puso en su **sangre resplandores**,
y refugió un bramido entre las flores
como un inmenso y clamoroso lloro.

De amorosas y cálidas **cornadas**
cubriendo va los trebolares tiernos
con el dolor de mil enamorados.

Bajo la piel, las furias refugiadas
son en el nacimiento de los **cuernos**
pensamientos de **muerte** edificados.

* * *

El **toro** sabe al fin de la corrida,
donde prueba su **chorro** repentino,
que el **sabor de la muerte** es el de un vino
que el equilibrio impide de la vida.

Respira corazones por la **herida**
desde un gigante corazón vecino,
y su vasto poder de **piedra** y pino
cesa debilitado en la caída.

Y como el toro tú, mi **sangre astada**,
que el cotidiano **cáliz de la muerte**,
edificado con un turbio acero,

vierte sobre mi lengua un **gusto a espada**
diluida en un **vino** espeso y fuerte
desde mi corazón donde me **muerdo**.

* * *

Ya de su creación, tal vez alhaja
algún sereno aparte campesino
el algarrobo, el haya, el roble, el pino
que ha de dar la madera de mi **caja**.

Ya tal vez, la combate y la trabaja
el leñador del ímpetu **asesino**,
y, tal vez, por la cuesta del camino,
dando un olor a vida, **muerte** baja.

Ya tal vez, la reduce a geometría:
rectas, planos, la mano que le apresta
el último zapato a todo vivo.

Y cierta, sin tal vez, la **tierra** umbría,
desde la eternidad está dispuesta
a recibir mi adiós definitivo.

* * *

Umbrío por la pena, casi bruno,
porque la pena tizna cuando estalla,
donde yo no me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno.

Pena con pena y pena desayuno,
pena es mi paz y pena mi batalla,
perro que ni me deja ni se calla,
siempre a su dueño fiel, pero importuno.

Cardos, penas, me ponen su corona,
cardos, penas, me azuzan sus **leopardos**
y no me dejan bueno hueso alguno.

No podrá con la pena mi persona
circundada de penas y de **cardos**...
¡cuánto penar para **morirse** uno!

SARA DE IBAÑEZ (1910-71), uruguaya. Un soneto:

Se **abrasó** la paloma en su blancura.
Murió la corza entre la hierba fría.
Murió la flor sin nombre todavía
y el fino lobo de inocencia oscura.

Murió el ojo del pez en la onda dura.
murió el agua acosada por el día.
murió la perla en su lujosa umbría.
Cayó el olivo y la manzana pura.

De azúcares de ala y blancas **piedras**
suben los arrecifes cegadores
en invasión de lujuriosas hiedras.

Cementerio de angélicos desiertos:
guarda entre tus dormidos pobladores
sitio también para mis **ojos muertos**.

JOSÉ ANGEL BUESA (1910-82), cubano. Un soneto:

Morir de muerte en flor toda la vida,
en este sueño vertical, en este
fugaz contacto azul con lo celeste,
en esta vieja **sed** recién nacida.

Y volver luego con el alma erguida,
a la vez Norte y Sur, Este y Oeste,
de la propia emoción, ya en ansia agreste.
En inquietud sutil o en paz pulida.

Y resurgir de cada **muerte** diaria
más dueño de la vida, al ser más dueño
de esta **muerte** parcial y necesaria.

Y con esa cordial melancolía
de los pocos que saben cada día
morir y renacer dentro de un sueño.

CLARA NIGGEMAN (1910-2000), cubana. Un soneto:

Muerte, cerrando sin piedad su broche,
va acelerando el ritmo por la vía;
y dejando hecha trizas la armonía
vuela en gritos cargados de reproche.

Llanto de estrellas derramó la noche,
soles inmensos de inquietud sombría
incineran la tarde, la agonía
recogiendo las horas en derroche.

¿Qué más se puede hacer? Quizá mañana
—después de Armagedón— haya un retorno
a un milenio de paz serena y fuerte.

Quizá se reconcilie la temprana
etapa adicional, y en el entorno
¡celebrems la **muerte de la muerte**!

ANTONIO DE UNDURRAGA (1911-90), chileno. Un soneto:

Esta es la isla donde la semilla
de los **muertos** jamás, nunca reposa:
y el **ojo** de los peces, sigilosa,
va esquivando de una a otra orilla.

Mientras la sombra entre las algas **brilla**
le detiene una negra **mariposa**;
ve las manos de Homero en cada cosa
¡y sólo el **agua** entre sus pies se humilla!

Palpa la **luz** invicta de los dioses
en el ala que gime en verdes goces
y si su alma se sumerge a solas

su corazón se engasta de rubíes
viendo al atardecer los colibríes
¡cortar la espuma y libertar las olas!

LEOPOLDO DE SAMANIEGO (1913-83), mejicano. Un soneto:

Oigo sonar los pasos de la **muerte**,
siento que viene descarnada y fría
y sólo pienso, idolatrada mía,
hoy más que nunca en adorarte y verte.

En verte una vez más, antes que **inerte**
quede mi corazón tras mi agonía
y ya no sienta, cariñosa y pía
tu suave mano que selló mi suerte.

Pero estás tan lejana, tan lejana
y hay sembrados tantísimos abrojos
entre tú y yo, que mi esperanza es vana,

que son irrealizables mis antojos
y pienso, al despertar cada mañana,
en quién será, quien cerrará mis ojos.

ROQUE ESTEBAN SCARPA (1914-84), chileno. Dos sonetos:

Amante vuelvo y de llorar maduro,
argos de llanto vuelvo y soledades,
ceniza amante alzada en claridades,
mortal amante en el **morir** seguro.

Cautivo ando en este cuerpo y **muro**
cayéndome en su carne a tempestades,
herido de ser hombre, y por mitades
rebelde tierra y ángel que figuro.

Cornamenta de **avispas** es mi día:
vestido voy de tiempo y antifaces,
y debajo del rostro, la agonía.

Muriendo anda la sangre en mi figura,
muriendo vuelvo al sueño donde yaces,
aprendiz de la **muerte y sepultura**.

Esa **luna** que el alma me conmueve,
esa **luz que en mi llaga** se perdía,
y esa pena que turbia me vencía,
y esa ola de **sangre** que era nieve,

y esa **brisa de flechas** que se atreve
contra **ojos** de niebla que quería,
y esa voz que es mi voz y que no es mía,
en soledad conjunta nos eleve

a ti, ágil ala de **salina luna**
y a mí, oscuro **viento** y derribado
que amor convoca y tu piedad aún.

Tu soledad abraza mi cuidado,
el olvido, la **muerte** y la fortuna
y ese amor que me tuvo desolado.

EDUARDO ANGUITA (1914-82), chileno. Un soneto:

Amé vivir en cielo inmaculado,
labrado en soledad y **muerte** pura;
igual que el cielo, ileso mi costado
creció sin **sangre**, fuerza ni premura.

Inquieto, como tiempo amortajado,
al sentirme sin vida ni amargura,
torné a tu **fuego de ángel derramado**,
olvidándome yo en la **quemadura**.

Así, **quemante**, incierto, desvelado,
locamente veloz e **iluminado**,
iluminado en goce y en dolor:

contigo **quemo** el cielo y el reposo,
inauguro al terrible y al hermoso
Amor. ¡Feroz, Amor, oh dulce amor!

LUIS BELTRÁN GUERRERO (1914-97), venezolano. Un soneto:

¿Cuya la forma, y la color cuál era?
¿Cuál el ritmo interior que ama y desama?
¿**Paloma de marfil**, dormida **llama**,
cirio sin lumbre, calcinada cera?

Del varonil rescoldo pordiosera
buscaba entre mis palmas ruda cama,
y otras, esquivo pez, su aguda escama
mi carne espiritual, maligna, **hiriera**.

Mano para la **daga** y el rosario,
inocente vellón de entraña dura,
nácar y rosa sobre cruel **osario**,

¿eres la misma mano de las preces,
sobre frente febril, ala de albura,
espiga suave de apacibles mieses?

ALÍ CHUMACERO, mejicano. Un soneto:

Yo no estaré presente. La ilusoria
marea irrumpirá, letal y fría,
en olas conmovida todavía,
a anegar de ceniza la memoria.

Fuego abatido, cólera desierta,
la urna en sábanas al fin vencida
olvidará su **resplandor**: la vida
ayer a su cuidado amante **muerta**.

Indiferente imagen, su apariencia
no será abismo, sino **roca** o **viento**
de soledad, sosiego y permanencia.

Cuerpo no más, vacío de pecado,
inmutable al pavor del pensamiento:
solo estará en sí mismo acostumbrado.

JUAN RAMÓN MOLINA, hondureño. Un soneto:

Corre con tarda mansedumbre el río
copando en sus cristales la arboleda,
y un monótono diálogo remeda
con el **viento** su grave murmurío.

Bajo el candente cielo del estío
no se apresura ni estancado queda,
sino que—lento y rumoroso—rueda
a perderse en el piélago bravío.

Tal se apresura la corriente humana
con su rumor efímero de gloria
reproduciendo una cultura vana.

Y—sin que mude el curso de su suerte—
corre en el viejo cauce de la historia
hacia el mar misterioso de la **muerte**.

OSCAR ECHEVERRI MEJÍA (1918), colombiano. Dos sonetos:

Sólo pervive lo que está en mi mente:
si la **rosa no muere**, es porque aspiro
su aroma. Si en el **río yo me miro**
tórnase **espejo** su fugaz corriente.

Todo vive y **perece** en mi presente:
lo que espero y deseo, lo que admiro.
El amor es posible si deliro,
el tiempo es invención de mi presente.

Mis pies fijan y borran el camino.
Busca en mis **labios su sabor el vino**,
en mí la noche sus **metales** vierte.

Bebe su azul el cielo en mi pupila
y por mis **venas** el caudal desfila
que a diario forma el **río de la muerte**.

Arroyo que no vuelve hasta su **fuelle**.
Espina que subsiste sin la **rosa**.
Ácido con que mano misteriosa
las imágenes borra de la frente.

Mar sin sirenas ni color, ausente
de **caracolas**. **Ave** silenciosa.
Árbol sin sombra y sin cantares. **Rosa**
privada del rocío de repente.

Nube cuyo **cristal** ha destruído
la sorda niebla. Abismo en que ha caído
hecho silencio el corazón inerte.

Noche sin la esperanza de un **lucero**.
Surco estéril. Verano pasajero.
¡Vida sin el consuelo de la **muerte**!

HELCIAS MARTÁN GÓNGORA (1920-84), colombiano. Un soneto:

Ya la tierra conoce tu secreto
y te posee con pasión de amante.
Extinguida tu **llama de diamante**
germina en la raíz de tu esqueleto.

Cedió tu carne al infinito reto
y la callada **sangre** navegante
refleja en mí tu viva sombra errante
por la borrasca y en el aire quieto.

Tuya es la **flor divina de la muerte**
mas es mía la **rota linfa** humana
que el tiempo cruel sobre mi surco vierte.

Siembro en tu **sueño** el corazón profundo
y dejo que su lengua de campana
tu recuerdo pregone por el mundo.

CARILDA OLIVER LABRA (1922), cubana. Seis sonetos:

Ése que no dejó de ser mi amante
y al que le debo siempre **sepultura**,
uno a quien nunca quise lo bastante,
aqué!, obra de **sueños**, conjetura.

Alguien que jugó a nada y tuvo suerte,
otro que no ha venido de la guerra;
éste, donde converso con mi **muerte**
porque me lo disputa hasta la tierra.

¡Salid de la memoria evocadora
con vuestro amor, pues tengo frío ahora!
Sabed todos que os llevo de la mano.

Vuestras sombras estallan como un mito
de vez en cuando aquí. Sois lo bendito,
hombres que me servisteis de verano.

* * *

Pensar que yo estaré **muerta** también,
tan **muerta** como tú, de otros **comida**,
en esa trampa donde al fin, cogida,
a **contraluz me clave** no sé quién.

Pensar que yo estaré **muerta** también
es algo que me tiene enternecida,
con ganas de decir: “sigo perdida,
no guardes esa mano ni esa sien,

espérame esta noche. Tuya. Amén”.
¿No ves que **sueño** con andar dormida
donde tus bromas de inocente estén?

¿No ves que yo te estaba prometida
y vuelvo a ti, **quitándome la vida**,
porque ya has dicho con la tierra: ven?

* * *

Callados, por la tarde, gravemente,
sin elegir el sitio de la tierra,
tú y yo nos besaremos como en guerra
hasta quedarnos fríos frente a frente.

Yo, cada vez más **tumba** que se ahonda,
tú, cada vez más carne renovada,
acaso llames y jamás responda
cuando te vuelvas en mi cuerpo nada.

He de tragar entonces, con locura,
en tu vaso de tórrida hermosura
la **sangre** poderosa que se queja;

y daré media vuelta hacia lo inerte,
perdida en esa **luz que te refleja**,
tan hambrienta de ti como la muerte.

* * *

El alba iba creciendo poco a poco
fundándote poder, halo, hermosura.
(No sé qué interminable **quemadura**
se me vuelve la carne donde toco).

Sigue siendo el milagro. Si te evoco,
rompe a cantar mi propia **sepultura**,
llegan **manzanas** de perfume loco
y se alza la tierra en nube pura.

Despertaste... vi **luz**... con una **rosa**
me confundió tu magia prodigiosa
y volamos al cielo sin vestidos.

Despertaste... vi **luz**... ¡Pero qué suerte
si hubiéramos pasado así a la **muerte**
como dos malos **ángeles** unidos!

* * *

Pongo otros dados en la misma suerte
y no me importa el **hambre** del camino;
asumo su misterio y lo **ilumino**
con este corazón que atiza **muerte**.

Es tarde para todo, mas quisiera
hallar **deslumbramiento** en tantas cosas.
Mi oficio no es cazar las **mariposas**
sino rendir de amor alguna fiera.

Me ocupo de los huesos inmortales;
aunque combato poderosos males
ni **luz** me trata ni dolor me arredra.

Sigo de pie, y cuanto el **viento** arrasa
es mi **sed** de vivir, mi propia casa
que oculta su temblor bajo la **piedra**.

* * *

Salen miedos casuales de mi ropa,
soy la forma que tiene el día jueves,
guardo recuerdos cáusticos y breves,
tomo mirando para el mar mi sopa.

Sueño con escribir en esperanto,
uso este corazón por la violencia,
dejo un clavel juicioso como herencia,
sigo fuera del **pájaro** que aguanto.

Mi sombra es el retrato que más dura,
entretengo algún humo distraído,
gozo con el **fulgor** de mi locura.

Cuido la soledad, pobreza cuido,
soy el poco de azul que no se cura,
pertenezco a la **muerte** y no me he ido.

JESÚS ORTA RUIZ “INDIO NABORÍ” (1922), cubano. Cuatro sonetos:

Vendrá mi **muerte** ciega para el llanto,
me llevará, y el mundo en que he vivido
se olvidará de mí, pero no tanto
como yo mismo, que seré el olvido.

Olvidaré a mis **muertos** y mi canto.
Olvidaré tu amor siempre **encendido**.
Olvidaré a mis hijos, y el encanto
de nuestra casa con calor de nido.

Olvidaré al amigo que más quiero.
Olvidaré a los héroes que venero.
Olvidaré las palmas que despiden

al **sol**. Olvidaré toda la historia.
No me duele **morir** y que me olviden,
sino **morir** y no tener memoria.

* * *

Bajo la fecha de tu nacimiento
decía el almanaque: Veremundo,
y no has visto un centímetro de mundo
cuando te vas, como un suspiro al **viento**.

–Veré mundo... ¡y no has **visto el firmamento**,
el **mar** y la montaña ni un segundo!
Quizás veas el mundo más profundo
que no ha logrado ver mi pensamiento.

Porque si más allá del mundo triste
el mundo de los **ángeles** no existe,
ni renace el **clavel** de la energía

una vez que la **muerte** lo deshoja,
es tu nombre, en lugar de profecía,
una desconcertante paradoja.

* * *

No me asusta **morir**... sólo lamento
no tener **ojos** para ver las cosas
que se transformarán; **zarzas en rosas**,
lobos en hombres, polvo en monumento.

No me asusta **morir**... sólo lamento
ser sordo como el frío de las **losas**
cuando vengan las músicas gloriosas,
cuando una larga risa sea el **viento**.

Sólo lamento no tener mi tacto
cuando sea concreto el mundo abstracto
que en crisoles de **sueño** se moldea.

No me asusta **morir**... sólo lamento
quedarme quieto cuando todo sea
la perfecta expresión del movimiento.

* * *

—Anda por tu camino, caminante
—dijo a mi juventud el horizonte—
atraviesa los llanos, sube al monte,
que tienes larga vida por delante.

Anduve desde entonces anhelante
sin pensar en la barca de Caronte.
A cada rama demandé un **sinsonte**,
a cada **roca demandé un diamante**.

Agoté con mi **sed más de una fuente**.
Seguí **mordido por la sed ardiente**.
Ahora tengo la **muerte** por delante,

se aproxima la barca de Caronte,
y me dice la voz del horizonte:
—Anda por tu camino, caminante.

ODÓN BETANZOS PALACIOS (1925), español. Trece sonetos:

Así es, tanto esperar para tan poco
en esta nieve y **muerte** detenida;
ya me veo cercado y sin salida;
poco es el aire que en mi mente toco.

No lo toco porque mi mente en loco
crucificarse vive. ¿Pero es vida
el desvivir que en **muerte** se me anida?
Arrinconado por la vida invoco.

¡Paredes tercas de los infinitos!
¡Parapetos de las inmensidades!
¡Labrad, por Dios, las ansias con que clamo!

Con mis ansias de llantos y de mitos
poco a poco me muero en mis verdades.
A cielos del Eterno clamo y llamo.

* * *

No me queda otro logro que esta **llama**
ni tengo otro objetivo que la **muerte**;
así camino y bajo de esta suerte
sorteando el desfiladero que me ama.

Y me gana. Me busca en su mensaje;
fiero el rumor y atroz en la quebrada.
Allá abajo me veo como nada:
el cuerpo **muerto**, amortajado en traje.

Todo tiene un aspecto que derrama
triste noche que se tuerce y se **inflama**
y abajo este hombre soplo de la vida.

Más abajo, en su fondo, está la **herida**
que el vivir raso me hizo en su salvaje
engaño de **alfileres** como encaje.

* * *

Sabiendo como sé que el cuerpo es nada
miro hacia adentro, espíritu dormido:
miro por si la luz por mí soñada
ha subido conmigo hacia el latido.

No ha subido. Quieta y **sol** va fijada
en la vida deshecha y sin sentido.
Me quedo inmerso con el alma alada
roto en ansias; el cuerpo **malherido**.

En cortes de una **muerte** que me gana
voy llamándome por ojos y avenidas
por si la voz en alma se engalana.

De la ilusión en **muertes** trascendidas
va mi alma andante, en ceguera y así emana
en manos orantes, entretejidas.

* * *

Respiraba con un sentir tan hondo
que allá lejos, en los pasillos largos,
la **muerte** repetía sus encargos:
conmigo es el joven y ya lo escondo.

Todo era así, el aire, la luz. Respondo
en lágrimas. Son dolores amargos
que llevan penas sobre penas. Largos
los **vientos de la muerte**. En mí me escondo.

Se **muere** paso a paso y no lo creo;
se escapa de la vida y no lo paro;
se me **muere** entre hospitales y me **ahogo**.

Le empujaba la vida y yo lo veo
pero la **muerte** decidía en aro.
Con su estremecer de **muerte** ando y bogo.

* * *

Ya no puedo más; la pena me alcanza;
me **come** los costados y la boca,
me **rompe** el pensar, me duele, me toca:
es mi hijo **muerto y quieto como lanza**.

Lanza fría, cuerpo duro, hijo en **lanza**
hacia otro **firmamento en roca**. Poca
luz por dentro. Es el alma que se aboca
a otra dimensión por la que ya avanza.

Aquí tu padre, hijo del tiempo largo,
tu padre de la **sed** y los martirios.
Por tu hondo sufrir se alza con tu pena.

Más **punzante** el dolor y tan **amargo**;
me hallo con la **muerte en color de cirios**
y la pena me arrasa con su pena.

* * *

Con la **muerte** le quedó la sonrisa
como **rota y crucificada** encima;
un puente se deshacía en la cima
para frenar lo que debió ser brisa.

Así de agria la **muerte** que le avisa,
así de injusta la vida y la inquina,
así el escalón que nadie imagina
para **morirte** el pie junto a la risa.

Hijo del alma que te fuiste solo
por la árida estrechez de los misterios:
ven quietecito al alma de mi nido.

Tu nombre en risa se llamó Manolo,
tus ojos fríos se quedaron serios,
tu hálito en **muerte** se quedó partido.

* * *

Ya está dicho en la conclusión del viento,
está en **luz muerta**, en los ojos cerrados.
Un mundo en negro con ojos cercados
arrancó al hijo la voz y el aliento.

Así es grande la **asfixia** que siento,
así de rotos los ecos callados
y así de grande el dolor en los lados.
El dolor **clavo** se me sube en ciento.

Con su alba sonrisa se durmió el aire
y una voz lejana decía, **muerto**.
El padre, yo de nombre, se ovillaba.

La **muerte** al lado, a la piel del socaire,
me daba **muerte** en corazón abierto.
Por él y por mí la noche lloraba.

* * *

Sálvame, Señor, del horror oscuro
de **morir** con los ojos en mí mismo.
Mi hijo se me fue y se llenó el abismo
de pensar y pensar su **muerte muro**.

Se fue en dos días y por su alma juro
que quedé sin **luz** con el cataclismo
como si la tierra en enorme sismo
rompiera el aire y voz en el conjuro.

Sólo me queda el viento de su gesto,
sólo tengo su voz adormecida
y los **cristales amargos** de su ida.

Pregunto y me pregunto el por qué de esto:
el dolor se me acerca como **fuego**
y como **fuego ardo en su muerte** luego.

* * *

Corredores en el tiempo, hijo mío,
laberinto y pasillos, puerta abierta,
color de la cera pálida, **muerta**,
en tu cara azul del morir del frío.

Y me quedo con el morir del río
como Manrique con la mar en puerta.
Te veo así, hijo, con la cara yerta;
muerta la voz, la fuerza sin el brío.

Miro la **luz** en cruz y no la veo,
prolongo mi **sangre** y se me **estrangula**,
rezar quisiera pero la voz se **ahoga**.

En el **espejo de la muerte** leo
y tu faz ni me dice y gesticula.
Sólo el sufrir con tu **muerte** dialoga.

* * *

Allí estaba, con el perfil **herido**
con la muerte. Sin verse en agonía
se dormía en la **muerte** que vivía,
así, alado, ceroso y sin gemido.

Mi pensar en verlo era un río erguido
que se subleva ante la **muerte** fría,
un gesto airado ante su **muerte** mía,
puñetazo de amor pero aterido.

Dime, Dios amor, y mi hijo se me iba
y el puente de tu pecho no miraba;
dime, Dios mío, el pero de su **muerte**.

El desconsuelo me alza y me derriba,
me sumerjo en la **muerte** en que nadaba
y con uñas de amor desviar su suerte.

* * *

Me **llaga** la agonía por los ojos,
el corazón cordeles de ansiedades,
alma que entra por las calamidades
con **muerte** circundada de cerrojos.

Mi hijo pasó la **muerte por los ojos**;
la **muerte** se enroscó en oscuridades.
La vida lo alejó de las edades
y la **luz** se deshilachó en manojos.

Remiro el aire encara que está **muerta**,
muerto está de muerte, hijo del olivo
y mi **sangre** en el soplo que le diera.

Contemplo absorto la realidad cierta
y me da la impresión que ya no vivo.
Así es de grande el ojo que me viera.

* * *

Cuánto dolor se reparte en mi pena,
cuánta **sangre** en lágrima en la mirada,
cuánta oscuridad se expande por cada
vena, hijo de la **muerte**, que enajena.

Mi alma, hijo de tu **luz** se alza y me llena,
así tu risa en golpes y con riada
avanza en mis adentros desatada
y suaviza la **espina** de mi pena.

Tengo un **filo de acero** en las entrañas,
un **garfio** que me araña y me maltrata,
y golpe que en las sienes martillea.

Pasa el tiempo y con el **viento** y sus sañas
me **crucifico** en la pena que me ata.
Con el aire mi corazón se orea.

* * *

La aurora la mantenía en los ojos
cuando la aurora alboreaba a cielo.
La **muerte** lo encerró en tupido velo,
grande, descomunal, de broches rojos.

Rojos como la **sangre** los cerrojos
de aquella **muerte**. Dejo en caramelo,
alta voz, **luz** en nombre, liso pelo
que en poco tiempo serían despojos.

No me canso de la pena en verte, hijo;
tú te vas, yo me quedo, vana vida
y en mí te remiro **crucificado**.

Por **ojos de la muerte** yo te fijo;
no me consuelo, Dios, con su partida.
Tendrás que llorar en mí, Dios amado.

DIONISIO AYMARÁ –JORGE AZAF– (1928-99), venezolano.
Cuatro sonetos:

Qué asombro de **tronchadas azucenas**
y qué temblor de **lirios en tu muerte**.
Qué vana esta ilusión de retenerte
sitiada por tan frágiles cadenas.

La **luz** final de tu sonrisa apenas
se desdibuja entre tu boca inerte
y no cesa esta pena de perderte
ni el rastro de la **luna** en las arenas.

Te has ido como el aire que resbala
sobre la sombra de una **caracola**,
rota la vida leve bajo el ala.

Y el alma ya no sabe, ciega ola,
si es que asciendes al cielo por la escala
de un **sueño** o la que **sueña** es ella sola.

* * *

Qué desesperación de vida y **muerte**
juntas, César, **ardía** en tu costado.
Qué madero de amor habías llevado
hasta caer sobre la **losa** inerte.

Qué látigo de espanto, oscuro y fuerte,
castigó tu pasión, rostro tallado
en **piedra** de los Andes, puño airado
contra las embestidas de la suerte.

En la noche infinita se abre y cierra
la puerta de tu cálida ternura
batida por el **viento** de la sierra.

Nunca existió más honda desventura
que la tuya. Ni ser sobre la tierra
herido de mayor desgarradura.

* * *

Mírame: este es el rostro donde empiezo
a **pudrirme** hasta el fin. Esta es la cera
que cubre lo que soy. La **calavera**
donde cayó tu más desnudo beso.

Este es el aire en que me **muero**, preso
entre guardias de cal. Aquí mi entera
desolación apaga la postrera
huella de esta pisada sin regreso.

Mírame; este es el rostro donde cava
la noche hasta encontrar el hueso inerte
en cuyo **fuego** fatuo el mundo acaba.

No hay sosiego en mi vida y escritura
y tú lo sabes: tengo de la **muerte**
la misma dimensión y vestidura.

* * *

Detente, peregrino: aquí reposa
lo que fue el cuerpo, júbilo o quebranto,
de quien consigo mismo luchó tanto
que selló con su **sangre** cada cosa.

Deshabitado ya, bajo esta **losa**
yace el que fuera hueso del espanto
y carne de pasión y piel de llanto,
piel, también, del deseo, misteriosa.

Iracundo, rebelde, de algún modo
tuvo su **hoguera**, su clamor, su sierra,
su apagado laurel de **sangre y lodo**.

Vivió con su destino siempre en guerra
como se debe, así se **pudra** todo
sin sonido debajo de la tierra.

ALFONSO LARRAHONA KÄSTEN (1931), chileno. Dos sonetos:

No importa que yo **muera**. No hay cuidado.
Tantas veces he **muerto**, tantas veces
olvidé que vivía al son de preces,
por un **ángel de fuego** acorralado.

No importa que la **muerte** en mi costado
grave sus iniciales. Acontece
que cada tarde mía que fenece
regreso como un dios enajenado.

Así no me doy cuenta si me obligo
a mentir este rostro, si me ligo
a la **estrella** profunda que me crea.

Vivo esta **algarabía de morirme**
y no sé si alegrarme o maldecirme
por este fabular que me recrea.

Me **muero** solamente de mí mismo,
de feliz, de dolor, de solitario,
de enamorado, de crepusculario,
de saborear mi **sed**, mi propio abismo.

Me **muero** de pasión, jamás el mismo,
de plenitud enfermo, sin salario,
sin estación, con este epistolario,
me **muero** como un Dios, de servilismo.

Y me **muero** quizá de tanta vida,
de escribir desde el fondo de mi **herida**,
de **sangrar mientras sueño**, sin motivo.

Porque me **muero por morir**. Me **muero**
por el placer de huir, porque prefiero
soñar que en mi recreo estuve vivo.

PATRICIO HUIDOBRO (1933), chileno. Un soneto:

La pasión como sombra me persigue,
clava y pulsa. Rebelde me resiste.
Sin derramar ardores, vivo triste
la vida que me manda y dice ¡sigue!

La **muerte** contradicha ya consigue
con interés y frío armar un quiste
de comba circunstancia donde asiste
risueña, se propasa y me prosigue.

La palma de la mano del amor
cobija las pasiones en su lecho
revuelto en el recreo de la aurora.

El puño que golpea en el dolor
se acoge impenitente a su derecho
de colmar al vacío con su ahora.

FRANCISCO PÉREZ FEBRES-CORDERO (1934-94), ecuatoriano. Un soneto:

Me he sentido **morir**... ¡hoy lo he sentido!
En el silencio de la madrugada,
hablando del insomnio con mi almohada,
cuando afuera tejía su gemido

el viento entre los árboles, ¡he oído
cómo en mis sienes, como campanada,
retumbaba el sonido de la nada!
Su eco, el corazón, en un latido

que recorrió mi ser desmadejado
como oleada que anuncia un cataclismo,
lo repitió en silencio renovado.

Un instante, la nada fui yo mismo.
Triste tal vez, quizá regocijado,
conseguí regresar desde el abismo.

ROMUALDO SUÁREZ (1935-79), cubano. Dos sonetos:

Hay que cantar sobre la tierra ajena,
sobre la tierra sin verde mío.
Hay que decir por qué se queda el frío,
por qué no me responde la azucena.

Hay que cantar la angustia de la arena
sin el manchón piadoso del rocío;
decir la **muerte** y no sentir vacío
porque la **muerte** todo nos lo llena.

Hay que cantar la ausencia de lo leve.
Decir por qué hay un siempre en lo más breve.
Saber que nos traspasa lo pequeño.

Hay que cantar sobre la tierra **herida**;
y comprender que el **verde se suicida**
porque no puede soportar un sueño.

Enterraron el verde. Se lo juro.
Enterraron el verde y está el día
tan mal vestido que hasta se podría
con su tristeza levantar un muro.

Enterraron el verde, y está oscuro
el cielo, el campo, el **viento**, la alegría.
Enterraron el verde, y todavía
el corazón no quiere estar seguro.

Enterraron el verde, y es mentira
que haya verde en la yerba que suspira,
que haya verde en el mar y sus enojos.

Es mentira aquél verde y aquél puerto,
es falso este color, porque ella **ha muerto**,
y enterraron el verde en sus ojos.

OSCAR HAHN (1938), chileno. Dos sonetos:

Gladiolos rojos de sangrantes plumas,
lenguas del campo, **llamas** olorosas,
de las olas azules, amorosas,
cartas os llegan, pálidas espumas.

Flotan sobre las alas de las brumas,
epístolas de polen, numerosas,
donde a las **aguas** piden por esposas,
gladiolos rojos de sangrantes plumas.

Movidas son las olas por el **viento**,
y el pie de los gladiolos van besando,
al son de un suave y blando movimiento.

Y en cada dulce **flor de sangre inerte**
la muerte va con piel de sal entrando
y entrando van las flores en la muerte.

Círculo dan las **aguas** temerarias,
estas **aguas** sin duda inteligentes,
a la **lluvia de fúnebres** tangentes
y de cuerdas y cuerdas **sanguinarias**.

Dan a las bisectrices **funerarias**
ángulos estas **aguas** transparentes,
lados a las **guadañas** congruentes,
estas **aguas** sin duda solitarias.

Crecida el **agua** por la lluvia, dados
líquidos cuerpos a la mar crecida,
tangentes, cuerdas, bisectrices, lados,

llueven y llueven cada vez más fuerte,
y al darle muerte al agua de la vida
les dan vida a las aguas de la muerte.

MAGDA STELLA QUINTERO (1935-98), colombiana. Dos sonetos:

Vino por fin el **sueño** interminable,
llegó otra vez la **muerte** presentida
su silencio profundo, inevitable
y la quietud total, no conocida.

Arribó con su marcha inexorable
para llevar consigo lo que es vida
y dejar la ilusión incomparable
que nada fue total ¡sólo la **herida**!

Callado, sin **mirar**, sin movimiento
quedó todo al final. Y el sufrimiento
embarga el corazón y los sentidos.

La amargura nos lee su breviario
y el espíritu, ahora solitario,
está más triste aún por lo perdido.

El dolor se derrama como un **vino**,
la soledad se extiende como un manto,
ante el hondo sufrir y el desencanto
la alegría ha cerrado su camino.

La primigenia suerte del destino
se derrumbó, marchóse ante el espanto
de la fugaz huida y el quebranto
rebotó el corazón de desatinos.

Transcurre el tiempo cruel, vuelve la **luna**
a iluminar de noche los pesares
con su **luz espectral hasta la muerte**.

En silencio y vacía está la cuna,
penetra la vida su raudal a **mares**
pero nadie lo nota ni lo advierte.

RAÚL HERNÁNDEZ NOVÁS (1948-93), cubano. Seis sonetos:

Sombra es el día, **claridad** la noche,
una y la misma el alma viva y **muerta**;
entrar, salir, son una sola puerta:
abre y cierra el vestido un mismo broche.

Se seca el mar, el **río** retrocede
a sus **fuentes** y al árbol la semilla;
hierva la nieve, es **gélida la arcilla**,
nunca se pone el **sol** y la **flor hiede**.

Río es la estatua, y el camino inerte,
arriba, abajo, es igual premura:
vida el nombre del arco; su obra, **muerte**.

Uno y el mismo son Dionisos y Hades,
y por él enloquecen de cordura,
pisando **muertos**, sobre los lagares.

* * *

Sólo por tu virtud el árbol nace
de la semilla que en la tierra **muere**.
Sólo por tu virtud el árbol pare,
la virgen pare, el joven encanece.

Sólo por ti la madrugada es tarde;
la tarde, noche para el **sol** que viene.
Por ti toda criatura tiene fases,
como la **luna que del río bebe**.

De ejércitos contrarios eres hecho:
negra harina en tu **pan**, **roca en tu pecho**
y **ríos que la muerte** han advertido.

Yo **muelo** cuando nazco, tú me izas
sobre tu mar de lloros y sonrisas,
por los contrarios **vientos** combatido.

* * *

Tiembla la **luz** como ala de paloma
en el alba toda **sol** hechizada.
Sólo yo, con el rencor por almohada,
me he negado a vivir, tonto en la loma.

¿Qué tengo de ofrecer al **sol** que asoma
sino el **agua** de mi canto, soñada,
que **refleja de la muerte** la azada
y en la sima del terror se desploma?

Me avergüenza lo celeste que **arde**
porque con sagrada calma la tarde
sus alas de mujer al aire libra.

Mientras sin pasos, solitario huyo,
y algo de amor dentro de mí destruyo,
como ala de paloma la **luz** vibra.

* * *

No habrá **lluvia de sol** ni primavera
ni invierno gris ni noche entumecida.
Porque no hay frío que nos cause **herida**,
no habrá verano allá, ni hogar ni **hoguera**.

Ni plenitud de anchura marinera
ni vacío de **tumba** reducida.
Tampoco hay **muerte** allá, porque no hay vida,
y sin vida, no sé qué **muerte** hubiera.

Ni **luz** ni sombra, ni verdor ni seco
páramo, ni calor ni **cierzo hiriente**,
ni carne, allá, ni hueso desvestido.

Amemos pues este conflicto, el eco
del silencio en la música elocuente
que abriga nuestro espacio compartido.

* * *

Veo a un niño jugar en la sonriente
calzada de la **luz**, la provisoria.
Veo a un joven andando en la memoria
la temblorosa **piedra**, lentamente.

Veo un hombre maduro que camina
llevando un niño de la firme mano.
Junto a un joven filial veo un anciano
leve como la **lumbre** que declina.

Tiemblo al verlo pasar por los urbanos
Dédalos con su paso ya rendido
y de pensar que esas sencillas manos

que tantas cosas bellas han reunido
acaben por ser polvo en otras manos...
—las de la **muerte**, no las del olvido.

* * *

Muchacha que me **alumbras la mirada**
como cascada o flor, estrella o ave,
¿qué extraña desazón que en mí no cabe
está sobre tus **ojos** retratada?

Las ganas de vivir van a mi nada
—en mi áspero sentir, música suave—
no estoy ya presuroso porque acabe
esta **sed** por el mar alimentada.

Muchacha de **mirada** pensativa,
tu amor clama la voz de las **estrellas**.
Por mirarse en **laguna** sensitiva

mi alma enredóse en tus pestañas bellas.
Déjala estar sobre tus **ojos** viva
y déjala **morir** prendida de ellas.

ELIEZER LAZO (1959-97), cubano. Un soneto:

Murió mi voz hace diez años, justo
no sé si fue en diciembre o en febrero,
si era **luna** llena o **sol** entero
o si llovía para darme el gusto.

Murió mi voz y ya nunca me asusto
ni con la **muerte cuando no me muero**
ni de la vida cuando **muerte quiero**
ni de esta **muerta** vida en que disgusto.

Una noche de invierno, una tristeza,
una noche sin **luz** o una tibieza,
una melancolía derramada.

Si me voy a **morir y quizás muera**,
moriré como muere quien espera
la **muerte** tanto tiempo acumulada.

CARMEN **HERNÁNDEZ PEÑA**, cubana. Un soneto:

El árbol **roto** se deshoja en llanto
y sostiene la mano del **suicida**
que se aferra, sin miedo, a la otra vida
donde puede ser **luz** o ser acanto.

Tierra feroz lo arropa con su manto.
Un leve **azul** le da la bienvenida
cuerda de plata que otra vez partida
le anuda los arcanos del espanto.

¿Qué cielo nos aguarda tras la **muerte**?
¿Quién destroza sin voz nuestro silencio?
¿Con qué campana el golpe de la suerte

doblará por quien cuelga desde el lazo?
¿En qué nido se esconde la innombrable?
¿Disfrutará también con el abrazo?

ADALBERTO HECHAVARRÍA ALONSO, cubano. Dos sonetos:

Un día el corazón –y de repente
su vieja maquinaria detenida–
niega el aire sagrado de la vida
y lucidez al reino de la mente.

Eso es todo. **Morir** es simplemente
un tránsito al eterno desamparo
de la **luz** en la sombra: ciego **faro**
que se apaga en la noche permanente.

Morir es una forma conocida
de no ser siendo entonces lo vivido
en los días vitales de la vida.

Morir es un naufragio si la idea
no resiste las furias del olvido
ni el “golpetazo azul de la marea”.

Pasan las horas y no explican nada,
ni les pregunto nada yo tampoco.
Vivo no más. Comprendo la callada
respuesta de los días poco a poco.

Estoy. Respiro **luz**. Una **estocada**
advierde los instantes que provoco
con la nostalgia antigua enraizada
en la palabra fértil que convoco.

Así carne de ocaso y madrugada
(o viceversa) mi futuro evoco
y temo ante el **abismo de la nada**

cuando las **flechas de la Muerte** toco,
pasan las horas y no explican nada,
ni les pregunto nada yo tampoco.

IVONNE MARTIN, cubana. Un soneto:

¿Por qué tardas, Amada, en preocuparme,
si mi ruta **sedienta** ha concluido?

¿Por qué ocultas tu rostro tan querido
a esta angustia que quiere aniquilarme?

¿Qué **galaxia** dignárase albergarme
cuando parta del mundo conocido
tras el **rayo de luz** enardecido
que me aguarda en lo Eterno para amarme?

¡Date prisa! Mis huesos están tristes,
y la sola esperanza de que existes
me conforma al suplicio de mi suerte.

Cuando llegues, recoge mis papeles:
son rezagos de mis distintas pieles.
¡Voy desnuda hacia ti, amada **muerte**!

PEDRO ALBERTO ASSEF, cubano. Dos sonetos:

Como no dije más de aquel asunto
ahora explico las hordas de mi llanto.
Mi madre que es antigua como un canto
detuvo su **esplendor** en este punto.

La **paloma** del juego de la vida
se **petrifica** en todo. Lo que escribo
es parte de este reino. No estoy vivo
y parece que vuelvo de la vida.

La pradera y el mundo **alucinante**
y el crepúsculo abrupto del **diamante**
y el reino de la **hoguera** en el ocaso.

En llanto voy andando inútilmente;
pero voy a volver, claro y silente
para **morirme** en ti, si muero acaso.

Luego andarás tú misma con mi **lanza**
mi principio de **espada**, de escuderos
mis ideales que avanzan de primeros,
mi doctrina de **estrella** que no cansa.

La pasión que profeso siempre alerta,
dispuesta a doblegar a la injusticia
y en mis manos revuelta una caricia
por si llaman con nardos a la puerta.

Pero acierto a **mirar** por el futuro
y no puedo captar, un blancoscuro
turba mi pensamiento y mi conciencia.

¿Qué le pasa a mi **muerte**? ¿Me margina?
¿Por qué imponer un velo de neblina
entre mi hoy y el devenir de la existencia?

AMPARO GUERRERO, chilena. Un soneto:

¿Quién cerrará tus **ojos cuando mueras**,
con un dolor igual, por no tenerte?
Yo me haré, entonces, amiga de la **muerte**
y esconderé el **puñal con que me hirieras**.

Del celeste confín, por si me esperas,
yo te vendré a buscar... que quiero verte
sumiso un día a mí, aun siendo **inerte**,
dando ejemplo de unión a enredaderas.

¡Qué dilatado plazo me señalo!
Y ¿te traerá hasta mí, Dios, en su Gloria
o tendrás su condena al **fuego** eterno?

Mi dilema, si es lógico, es bien malo:
sufrir en su mansión, por tu memoria
o **¡arder**, siempre contigo, en el infierno!

JERÓNIMO ANAYA FLORES, español. Cinco sonetos:

Por rubíes dilatas el veneno
que entre perlas de amor áspid te ofrece,
y mi lengua insaciable lo apetece,
sin vaso derramar de **muerte** lleno.

¡Es tan dulce **morir junto a tu seno**
que el alegre dolor, cuanto más crece,
más vida, no más **muerte** me parece,
pues me estalla el placer cuanto más peno!

Ardiendo en nieve y naufragando en llama,
frío hielo en el fuego de tus labios
bebo, y mi boca en tu glaciár se inflama,

pues si en tus besos hallo desagravios,
más me crece la **sed** cuanto más ama
mi lengua el **manantial** de tus agravios.

* * *

Pasas la vida en ocios y placeres
y te vas, con la vida, en un instante,
sin saber que has vivido lo bastante
para al fin no **morir como te mueres**.

Pasas así la vida, y cuando quieres
tornar el tiempo mínimo abundante,
fría **muerte** dibuja en tu semblante
su señal, porque **muerte** también eres.

Lo cierto es que la vida nunca es corta,
lo cierto es que la vida nunca es larga:
saber para qué vivo es lo que importa.

pues vivir nada más es dulce carga
y la vida en la **muerte** nos conforta,
mas la **muerte** en la vida es muy amarga.

* * *

Pudo ser corta la existencia o larga,
pudo ser lento o rápido el camino,
pudo ser sosegado o repentino
este fluir de vida tan amarga.

Pesada pudo ser o suave carga
este vivir **mortal** aunque divino;
y pudo ser acierto o desatino
el tiempo que me aviva o aletarga.

Mas ¿qué más da si fue larga o fue corta
la vida, si el vivir sólo es motivo
para la **muerte**, y a **morir** me exhorta?

¿Y que más da vivir humilde o altivo,
si no importa la vida: lo que importa
solamente es saber para qué vivo?

* * *

Llamamos vida a este camino lento
que nos lleva a la **muerte** más segura,
pues siempre es el final de esta aventura
rótulo de dolor en monumento.

Nos muestra que el vivir es un momento
de cuantos han vivido desventura,
mas odia su patrón nuestra locura
y su norma no sirve de escarmiento.

Esforzarse en vivir esfuerzo es vano
porque la **muerte** siempre está escondida
y suele visitarnos muy temprano.

Mas ¿qué importa esta **muerte** presentida
si hosca la frente y el cabello cano
esto aborrecen que llamamos vida?

* * *

Pues del dolor la risa nos advierte,
no estimes alegrías ordinarias,
que a tristezas te arrojan temerarias
y a infortunio te lanzan con su suerte.

No admires poseer para perderte
riquezas de tu espíritu contrarias,
que entre todas las cosas necesarias
ninguna es más precisa que la **muerte**.

Y pues los bienes llegan a destiempo,
aunque el mal, sin quererlo, es abundante,
en el dolor encuentra pasatiempo,

que quien goza el dolor porque es constante,
no temerá la **muerte** tanto tiempo
porque se hace presente en un instante.

ESTEBAN CALLE ITURRINO. Dos sonetos:

¿Dónde estás?, me pregunto, cuando miro
cuanto **ilumina un sol resplandeciente**,
y la naturaleza indiferente
no devuelve ni el eco a mi suspiro.

¿Dónde estás?, me pregunto, cuando admiro
el cielo en una noche transparente,
y el **universo** silenciosamente,
extraño a mi dolor, sigue su giro.

Yo también sigo el mío desolado
y al cerrar dolorido y fatigado,
empañados de lágrimas mis **ojos**,

en mí, dentro de mí, logro encontrarte,
los que den **sepultura** a mis despojos
volverán, amor mío, a **sepultarte**.

Sobre todas las cosas de la vida
el casto amor de la mujer aquella
que tiene con la flor y con la **estrella**
la intimidad del alma compartida.

Mujer entre mujeres preferida
llena de gracia, sin pecado y bella,
la que deshoja rosas de doncella
en el lecho nupcial estremecida.

Rebeca pulcra y dócil que el destino
nos depara al azar en el camino
y aplaca nuestra **sed**; la que convierte

la mesa en ara y el altar en lecho,
y disputa sus cunas a la **muerte**
con los siete **pañales de su pecho**.

JULIO ALFREDO EGEA, español. Un soneto:

Como una **ola** de amor, furiosa y fuerte,
en salitre y en **sangre** estoy contigo
y me duelen los labios cuando digo
tu nombre por la calle de la **muerte**.

Aún queda mucho amor por conocerte
y tu **piedra de luz** buscando sigo;
la sombra de tu voz está conmigo
y espero que un balido te despierte.

Cuando digo Miguel digo raíces,
digo un largo dolor de despedida,
digo sudor y **luz**, tierra pisada.

Yo sé que me hablas tú, sé lo que dices.
Me cruza el corazón toda la **herida**
herido estoy mortal de tu pedrada.

OSCAR FERNÁNDEZ DE LA VEGA, cubano. Un soneto:

Sueño helado en la sed de mi agonía
bajo la falsa curva de los cielos.
Flor olvidada en tómulos de anhelos
tras el fracaso de su lozanía.

Rayo disuelto en oquedad sombría,
mar apagado en sordos desconsuelos,
estrella muerta en pálidos desvelos,
pluma feraz exenta de armonía.

De la nada surgió, como si un mágico
deslumbramiento lo invadiese todo
hasta opacar la cenicienta bruma.

Y a la nada volvió, con vuelo trágico,
hasta fijarse inerte sobre el **lodo**,
sueño, flor, **rayo**, mar, **estrella**, pluma.

ANGEL CUADRA, cubano. Un soneto:

Sólo han quedado sombras y estructuras,
amazón sólo, túneles glaciales;
al hueco de tu ausencia acuden sales
moradas, frías noches prematuras.

El contorno de rosas, vestiduras
de almendra, con que orlamos los usuales
huesos de amor; fantasmas corporales,
sueño hecho carne a certidumbre puras.

Sudor de **estrellas**, claros materiales
creados por las suaves coyunturas
de sexo y alma, a huesos **sepulcrales**

lo han condenado crueles **dentaduras**
que, a **dentelladas** grises y fatales,
sólo han dejado sombras y estructuras.

AURELIO TORRENTE, cubano. Un soneto:

Amo la vida cual si el **sol** naciera
cada segundo en la **luz** del alba,
cual si el cielo, conjuro en flor y malva,
en un **céfiro** eterno me cubriera.

Amo la vida en **rutilante** espera
delpreciado regalo de una salva
de alboradas que aniden a mansalva
renaceres por cada primavera.

Y por amar la vida, claroscuro
del soñar imposible que aseguro
dentro del alma con amor uncida,

he de vivir asido a una sonrisa,
para nunca sentirme con la prisa
de saber que en la **muerte** está la vida.

JUSTO RODRÍGUEZ SANTOS, cubano. Un soneto:

Grave es el bosque del olvido, hurañas
ramazones, helados vericuetos.
De sus bóvedas cuelgan amuletos
inmóviles, en gordas telarañas.

En su neblina rondan las **guadañas**
tras armadijos de inpasibles setos
y en sus **ciénegas brillan esqueletos**
que atraviesan raíces y **pirañas**.

En sus rumores plañen desengaños,
en sus recodos hay **astros** en ruinas
y un escondido trajinar de ruelas.

Yo he **visto** sus lluviosos ermitaños
empalando inocentes mandolinas
al pie de su escultura de hojas secas.

ANTONIO REQUENI, argentino. Un soneto:

Estoy a punto de **morir** y digo:
nada me importa abandonarlo todo.
He vivido. He soñado. De algún modo
sembré mi grano y esparcí mi trigo.

De otras **muertes** más nobles fui testigo
sin que el mundo rotase de otro modo;
seres que amaron y lo dieron todo,
mas lo que fueron se **murió** consigo.

Lo que yo soy, mi verdadera y honda
razón de enmudecer gira en la ronda
sombria y vana de los **universos**.

Me voy con mi verdad, cifra que nunca
conoceréis. Mi última voz se trunca.
Os dejo la mentira de mis versos.

LEONILDO PRAGLIA, argentino. Un soneto:

El mar que yo señalo, esa tendida
paloma de quietud, cristal primero,
mar sin puntas ni orillas, prisionero
sueño de amor, ceniza amanecida.

Mar que es el fiel reflejo de mi vida
y hunde en mi ser su bálsamo certero,
alga o dudosa espuma, marinero
muerto en su propia sal, llama encendida.

Olvidando los puertos, las arenas,
el tragaluz de sus **constelaciones**,
ese mar sin corales ni sirenas

moja tu piel y embebe mis canciones.
¡Oh, mar de sempiternas ilusiones!
Sus **aguas** anohecen en mis venas.

FERNANDO PEREDA, uruguayo. Un soneto:

Mar de mis soledades defendidas,
trasmundo incontenido, mal soltado
en melodioso cielo desvelado
de sueños, de virajes, de partidas.

Y de **muer**tes, y de locas vidas
—tritón de vientos con azar cerrado—
en lívido volar, vuelo espantado
de mecánicas **lunas** ya vencidas.

Ciego sondear de tornasoles
bajados pozos, torres ya giradas:
en pecho nuevo corre la fortuna

con el delirio de los girasoles:
jardines de mis nubes vigiladas
y silencioso **vino de la luna**.

José M. OXHOLM, puertorriqueño. Un soneto:

Libre el timón, aura tiñosa en vuelo,
levantas de los campos la serena
corola de las almas cuando suena
repique de campanas de alto cielo.

Acechas sobre el campo. En el desvelo
entierras tu aguijón en la colmena,
no importa que en el monte, que en la arena,
en tundra **amarga**, tu desierto velo.

¿Y por qué, **muerte**, pájaros sin trino,
luciérnagas sin luz, nubes sin sombra,
cuando más solitario va el camino?

Dueño de **estrellas**, por las hoscas **garras**
va sin consuelo el alma que te nombra
al blandir de tus crueles **cimitarras**.

ARSINOE MORATORIO, uruguayo. Un soneto:

Esta es mi soledad, honda y serena,
callada en la estructura de aquel pino;
alegre y dócil en el blanco vino
de la dulce ascensión de la azucena.

De la **dorada miel de la colmena**
desciende hasta la **sangre del espino**:
y viajando en un ámbito salino
a su ignorada torre me condena.

Esta es mi soledad, pura y silente,
inunda los caminos de mi frente
y circunda mi isla con su **muro**.

Tanto en mi **sangre** su color se enrama,
que no sé si ella existe por mi **llama**
o si yo **muero por su mar** oscuro.

MARIO ANGEL MARRODÁN, español. Dos sonetos:

Con los **ojos** a ciegas, con la **boca**
sangrando a llagas de mortal herida,
declaro la impotencia de mi vida
trágica, absurda, penitente y loca.

Entre el **cósmico hierro luz** oscura,
atormentado **muro** mal dispuesto,
la vida es un engaño manifiesto,
y éste será el final de mi aventura:

pasto de los destierros, que, sin techo
a las cejas **ardientes** va derecho,
ribera del dolor y de derrota,

venero de penumbras, mala nota
que se eyacula al gladiador **herido**
no lo ganado, sino lo perdido.

Brilla como un desnudo de diamante,
luce cual firmamento refulgente,
arde como la hoguera transparente
y es acorde balada del instante.

Lábil encanto para el caminante
sediento de la sed de alma candente,
máscara o faz la de esta flor sintiente
que salva y que condena amor constante.

Anima, ensalma, funde, inquieta, **hiere,**
acerca, vibra, fluye, acecha, ordena,
une y divide, corazón en pena.

Angel solar decide lo que quiere,
tormenta ilesa que a la **luz** serena
vive en la gloria y en la paz se **muere.**

LUIS RICARDO FURLÁN, argentino. Un soneto:

¿De dónde la ceniza? ¿De qué **fuego**
transparente, vital y enamorado?
¿De la espiga crecida en el costado
del reloj? ¿Del deseo y el sosiego?

¿Prevalece de algún remoto juego
de pájaros azules? ¿Qué sagrado
intermedio frutal habrá violado
esa espiral perpetua del trasiego?

¿Viene del pozo donde se despeña
la música miedosa del flautero
perdido? ¿Del bosque o de la leña?

¿Tal vez de la pizarra y de la tiza
que borroneó mi canto? ¿O del madero
de la **muerte**? ¿De dónde la ceniza?

CARLOS DUGUECH, argentino. Un soneto:

Te descubro, ciudad, vas tras la fronda
erguida entre señales y ventanas,
encuentro tu razón en las cercanas
razones de la caña que te ronda.

La puerta de tu **sol** torna redonda
tu indeleble corteza y en las vanas
figuras del cemento te engalanas
aunque toda la flor en ti se esconda.

El árbol se repliega con tu ruido
abriéndose en azahares a tu cielo
devuelto entre **luciérnagas**, vencido

de tanto no saber su **muerte** lenta.
Rescátalo, ciudad, para tu vuelo
que no le **ahogue** el aire en tu tormenta.

SARA SAN MARTÍN, argentina. Un soneto:

Crezca el amor desde su **herida** al sueño
en que a la **sangre** eternidad le cabe,
busque en su angustia la perpetua clave
que hace a la **muerte** de la vida empeño.

Vaya desde la gracia al duro ceño
de la ironía a la estatura grave,
con que Dios gesta, determina y sabe
para qué **llamas** nos destina leño.

En el conflicto con su aciaga suerte,
sueñe la carne que a su **sed convierte**
en la luz de una antorcha verdadera.

Arda en amor mi trágica madera
que mientras viva sin amor, la **muerte**
llorará cual mujer a mi manera.

HUGO MONTES, chileno. Un soneto:

De primavera, amante, vas tejido,
de rumorosa **luz** y tan temprano,
un vasto vuelo **deslumbró** tu mano
absorta todavía en hondo nido.

El ramo en la belleza florecido
no vierte sobre ti perfume en vano,
que en dios tornado si naciste humano
cerca la **muerte** de inmortal olvido.

Y mana de tu dulce primavera
un hontanar extraño que quisiera
ceñir el valle y domeñar la sierra,

mas dominando el alto devaneo
un breve huerto colma su deseo.
Amor, que te hizo dios, te ató a la tierra.

RICARDO MARCANTONIO, argentino. Un soneto:

¿Qué es la vida? Eterno interrogante,
misterio por la nada concebido:
tiempo, distancia, **sueño** incomprensido,
ser y no ser, **inmolación** constante.

Ah, cuánto diera por un solo instante
que convirtiera vanidad en miedo.
Con amor, sin amor, ni con desnudo
se avala una ilusión inoperante.

Si el ciclo terrenal es una vieja
conjunción del nacer con el **morir**
y es la **muerte** una verdad probada,

¿por qué se enreda tanto la madeja
del pasado, presente y porvenir,
si todo es un compendio de la nada?

GUILLERMO KAUL GRUNWALD, argentino. Un soneto:

Nació la **piedra** y quiso quedar sola
en actitud de **muerte** siempre oscura.
Nació mujer la **rosa y sepultura**
le dio el misal del **viento que la inmola**.

Nació la lluvia y quiso hacerse ola
para que su ser fuera aventura
eterna en la marea y por la altura
nació roja sentencia la amapola.

Y nació el hombre, llanto en madrugada,
y al mediodía, gesto que desborda,
y hacia la tarde, soledad quebrada.

¿Por qué esa morisqueta disfrazada?
¿Por qué ese “Ahí”? ¿Por qué esa imagen sorda?
¿Por qué existir? ¿Por qué no fuimos nada?

JOSÉ JURADO MORALES, español. Un soneto:

Pero nunca en la playa del olvido
acabará el amor, que es verdadero:
sabr  encontrar seguro varadero
para enseñar por tiempo indefinido.

 Cu n triste es el amor desvanecido
que pasó, que se fue, y el mal tempero
de la desilusión, le hizo viajero
hacia la nada, hasta quedar hundido!

Y en la nada qued se fatalmente,
sin carne, sin aliento, sin fragancia,
cosa **muerta**, despojo miserable.

Mas acaso reviva all , en la mente
de quien creyera, iluso, en su constancia
como caudal de **fuentes** inagotable.

FERMÍN JORGE ELIZAINCIN, argentino. Un soneto:

Pasaron las instancias de mi vida
como un sueño acosado de infinito,
siempre creí que ya está todo escrito,
unidos el nacer con la **partida**.

En términos vitales resumida
la existencia me estalla como un grito,
es tan corta la senda que transito
que no tengo lugar para la huida.

No veo en el **morir** una derrota,
cada fracción de tiempo es una gota
que cae a un amplio mar desconocido.

Pues mirado a través de una presencia,
es más largo el camino de la ausencia
que el instante fugaz de lo vivido.

ARTURO DORESTE, cubano. Un soneto:

Solo en la adversidad. Solo conmigo,
solo con el escudo y la trinchera,
solo con la canción y la palmera,
solo con la orfandad y el enemigo.

Sólo en la cruz y solo en el castigo,
solo con el paisaje y la bandera,
solo en la desventura sin espera,
solo: en la soledad sólo un testigo.

Solo en la patria, solo en el encierro,
solo en el sacrificio y el destierro,
solo en la indignación, solo en la guerra;

y solo he de arrastrar ludibrio y dolo
hasta **morir** estoicamente solo
en el rincón más solo de la tierra.

FRANCISCO DIBELLA, argentino. Un soneto:

Fue un sueño nada más, y sin embargo
te vi llegar de blanca vestidura,
me estremecí en silencio, tu figura
tomó por un sendero angosto y largo.

Muda pasaste, me invadió un letargo
como una admonición de desventura,
y mientras ibas por la senda oscura
algo en el aire, misterioso, amargo.

Te vi llegar hasta un portal sombrío
que circundaba impenetrable **muro**,
iba a alcanzarte ya, pero al conjuro

de algún recelo me detuve frío,
y escuché como un ruego que me advierte:
¡no sigas caminante! ¡Ella es la **muerte**!

JUAN ANTONIO RUESCAS, español. Un soneto:

Aguanta corazón, no pidas nada,
ni siquiera soñar en tu retiro,
porque el alba, ruleta en nuevo giro,
te hará perder la baza ya ganada.

En tu lecho la noche inacabada
con el sueño, su cómplice **vampiro**
te sorberá, suspiro tras suspiro,
la sangre tantas veces derramada.

¿Pedir soñar, vivir? ¿Pedir la vida
a **espinas** de reloj que dejan yerto
el brote de la **savia** más querida?

Pide mejor **morir y estar ya muerto**
en oasis de tiempo y de medida,
¡**hidrópica** criatura del desierto!

OCTAVIO CAMPERO ECHAZU, boliviano. Un soneto:

Como un río de música, a la vera
de la eglógica tierra prometida,
vuelve a cantar mi voz, ya atardecida,
en un largo crepúsculo de espera.

Aquí el milagro de la primavera
detiene el **sol**. Y el **agua** de la vida,
cansada de correr, queda dormida
como un lago de amor en la ribera.

¡Qué próximas de Dios están las cosas!
Se puede asir el cielo con la mano,
cortar estrellas al igual que rosas.

¡Qué recóndita paz! Casi se advierte
cómo crece la hierba, y ya cercano
el roce de los pasos de la **muerte**.

BENITO RAÚL LOSADA, venezolano. Un soneto:

A piel cavada y manotazo aludes,
arañas la madera con el llanto,
sellas tus **ojos con el hierro y tanto**
que rompes con furor sus ataúdes.

Al **viento** evocas y a la nada acudes,
tapas la soledad con recio manto
para dolerte a solas. Y en el canto
te vuelcas, te rebelas, te sacudes.

Y vuelves del dolor a la ternura,
dulce la **sangre de la mordedura**,
limpia la huesa cuando el hijo asoma.

Vuelves y te reencuentras en tu nombre,
barro y herida de la tierra al hombre,
mano pastora que a la **muerte** doma.

RICARDO MOLINARI, argentino. Un soneto:

Si yo pudiera **verte rama ardida**,
prometida de espejos –flor de cielo–
quebrando el aire dulce sin consuelo,
en ámbitos de **lumbre** despedida.

Espacio estéril, cielo sin salida.
¡Ah, qué **gozosa muerte que es tu anhelo**
de agua y tierra apretada, de tu cielo
sin ángeles! Tu cielo sin huida,

allí, donde mi voz está callada,
con el borde deshecho, con la frente
sin tarde: ¡clavel!, rosa desolada.

Sueño de sueño, luna de gemido,
–claridad despoblada– impaciente;
sí, campo, mar, estío, aire querido.

MIGUEL OTERO SILVA, venezolano. Un soneto:

Él era trigo en bronce martillado,
clarín que como rama florecía,
afligido pastor de su alegría,
voz de su tierra en cuerpo desterrado.

Juglar por **luz de pena iluminado**,
altivo esclavo de su poesía,
misionero curtido en la porfía,
pueblo en leño de amor **crucificado**.

Agua clara encendida en la cisterna,
cendal de polen en la **brisa** tierna,
bandera alzada contra el **viento** fuerte.

Rumor de **miel al filo de la herida**,
corazón en agraz para la vida,
maduro corazón para la **muerte**.

JORGE SUÁREZ, boliviano. Un soneto:

Este mi afán de ser escalofrío,
ascender por la savia vibratoria
y pesar, para siempre, en mi memoria
como grávida rama de rocío.

En la explosión de **frutos** del estío
madurar mis dulzuras, en la gloria
de la **granada** desgranar mi historia,
perla a perla, en un rojo pedrerío.

Al infinito la invisible antena
tejer la flor sobre mi propia **fosa**,
siendo que alguna **abeja** rumorosa

canta la **miel** de la existencia plena.
Este es mi afán, pero la vida es prosa
y hasta el azul del día me **envenena.**

GUSTAVO VALCARCEL, peruano. Un soneto:

Es el **mar** en su cantiga azulada
gimiendo soledoso en ola inerte
es la **brisa naciendo de la muerte**
del timón, de la sal, mujer amada.

Velero deshojado en bruma alada,
violín de **viento** en su madera inerte,
es playa abandonada que convierte
en iodo de quebranto barco y nada.

Arenas del ocaso van llorando
maternidad de **roca** demolida,
bajo el mar su tristeza repicando.

Tal la ola de brújula suicida,
y el **agua**, sombra de **agua** navegando,
mueren de espuma en llanto convertida.

JORGE VOCOS LESCANO, argentino. Un soneto:

Todo era igual pero le parecía
que en ese azul del cielo que **miraba**
otro azul más azul se dibujaba
y en el dibujo se reconocía.

También el aire, limpio, le traía
fragancias de las cosas que añoraba,
el aire, sí, el aire le llegaba
como viniendo de la serranía.

Entonces advirtió la cercanía
de esa dulce ciudad que tanto amaba,
miró sus torres, supo que volvía.

Y al apurar la senda que llevaba
sintió que hasta la piel se le endulzaba
y se fue, sin saber que se **moría**.

RUBÉN FAILDE BRAÑA, cubano. Un soneto.

Elegida la noche como suerte,
se acometen dos cuerpos en la ría:
lleva **lanza** el primero, y desafía
el femenino reposo del más fuerte.

Transitada la grupa se convierte
en laberinto de dulzura impía.
La **estrella** del monarca, pronta guía
ajena al descalabro de la **muerte**.

Son fértiles las bocas de sus nombres,
en el albazo de la tierra santa,
donde la **sed** y la oración imperan.

Las arenas audaces aglomeran
la validez que en su deseo canta
un Jordán lascivo entre los hombres.

ANTONIO PÉREZ ROLDÁN, español. Un soneto:

Elabora la **llama** su ceniza,
traza en el aire su postrera ronda
el pájaro, y es breve –pero es honda–
la flor que a las **abejas** magnetiza.

Ante mis ojos todo se desliza.
Nada perdura, fiel, a mi redonda.
No he conocido vida que no esconda
una raíz de **muerte** escurridiza.

Una raíz de **muerte** en cada goce,
en cada posesión, en cada cosa
se esconde, como **víbora** en el heno.

Su tiempo es el azar; su forma, un roce,
una delgada **herida** silenciosa,
un desamor, un palpito, un **veneno**.

CARLOS ZAMORA, cubano. Un soneto:

Tengo todas las **muertes** ensayadas
y un **apetito de morir** ya tengo,
si a las errantes ánimas convengo
mis musas pastarán acompañadas.

Todas las vidas tengo a **puñaladas**
por un cierto rencor, no menos cierto,
que la vida feroz con que no acierto
a darle al corazón unas puntadas.

Y si la vida pone al descubierto
una razón **mortal**, una conjura,
tendré que consentir a **pecho abierto**.

Porque seguro **tengo sepultura**
sellada con mis **clavos** de locura...
pero deben probar que ya estoy **muerto**.

ÍNDICE

Prólogo

Fredo Arias de la Canal

VII

Sonetos tanáticos

Francisco Petrarca (1304-74)

Si ella ve cómo me hiere y se sonríe	3
De un claro y vivo hielo endurecido	4
¡Ay rostro y vista extremos de dulzura!	4
Descolorado has, Muerte, al más hermoso	5
Cuando me vuelvo a contemplar los años	6
Ya mi florida y verde edad pasaba	6
Venganza hacer pudiese yo de aquella	7
Ya muerte, tu poder todo has mostrado	8
Alma beata que tan dulcemente	8

Juan Boscán (1495-1542)

¿Qué estrella fue por donde yo caí	10
¿Quién tendrá en sí tan duro sentimiento	10
Ponme en la vida más brava, importuna	11
Amor me tiene por su desenfado	12
¿Adónde iré que puedan socorrerme	12
Paso mi vida lo mejor que puedo	13

Garcilaso de la Vega (1503-36)

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas	14
Cuando me paro a contemplar mi estado	14
En fin, a vuestras manos he venido	15
Por ásperos caminos he llegado	16

Francisco Cervantes de Salazar (1515-75)

—Oh muerte, ¿de qué tienes alegría	17
No son honras aquéstras que hacemos	17
—¿Por qué dejasteis, César no vencido	18

Francisco de Terrazas (¿1525-1600?)

Soñé que de una peña me arrojaba	19
----------------------------------	----

Fernando de Herrera (1534-96)	
Lloré, y canté de Amor la saña ardiente	20
Ahora, que cubrió de blanco hielo	20
Suspiro, y pruebo con la voz doliente	21
Sigo por un desierto no tratado	22
Yo vi unos bellos ojos que hirieron	22
Gaspar Gil Polo (1535-91)	
Quien libre está, no viva descuidado	24
Miguel de Cervantes (1547-1616)	
Voto a Dios que me espanta esta grandeza	25
Yo sé que muero, y si no soy creído	26
Lupercio Leonardo de Argensola (1559-1613)	
Imagen espantosa de la muerte	27
Luis de Góngora (1561-1627)	
Sobre dos urnas de cristal labradas	28
Ser pudiera tu pira levantada	29
Félix Lope de Vega (1562-1635)	
¿Adónde vas con alas tan ligeras	30
Mi bien nacido de mis propios males	30
Despierta, ¡oh Betis, la dormida plata	31
Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645)	
¡Cómo de entre mis manos te resbalas!	32
Todo tras sí lo lleva el año breve	32
Ya formidable y espantoso suena	33
Pierdes el tiempo, muerte en mi herida	34
Cerrar podrá mis ojos la postrera	34
Juan de Tasis (1582-1622)	
¡Oh cuánto dice en su favor quien calla!	36
Francisco Nuñez de Pineda y Bascuñán (1607-80)	
¿Quién hay, señora, que valerse quiera	37
José Pérez de Montoro (1627-94)	
Muerte, o ventura debes darme, (¡Oh suerte!)	38
Tú falleciste, cuando yo dormía	39
Juana Inés de Azuaje (1648-95)	
Con el dolor de la mortal herida	40
Mueran contigo, Laura, pues moriste	40

Diuturna enfermedad de la Esperanza	41
Luis de Sandoval y Zapata (Siglo XVII)	
Materia que de vida te informaste	42
Aquí yace la púrpura dormida	42
En calavera de cristal se vía	43
Vidrio animado, que en la lumbre atinas	44
Invisibles cadáveres de viento	44
Demóstenes de luz, que mudo clama	45
Inmóvil luce cuando alada vuela	46
Andrés Bello (1781-1865)	
Sabes, rubia, qué gracias solicito	47
José María Heredia (1803-39)	
Si la pálida muerte aplacara	48
Cuando en el éter fúlgido y sereno	49
Salvador Díaz Mirón (1853-1928)	
La joven madre perdió a su hijo	50
Cerca, el marido forma concierto	51
Pedro Bonifacio Palacios (1854-1917)	
Si te postran diez veces, te levantas	52
Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931)	
El astro milenario, en agonía	53
Manuel José Othón (1858-1906)	
Ondulante y azul, trémulo y vago	54
Julián del Casal (1863-93)	
No me habléis más de dichas terrenales	55
Un cielo gris. Morados estandartes	56
Gabriel Muñoz (1864-1908)	
Miré sobre una tumba en que el olvido	57
Miguel de Unamuno (1864-1936)	
Fue tu vida pasión en el desierto	58
Oír llover no más, sentirme vivo	58
Este buitre voraz de ceño torvo	59
Luis Gustavo Urbina (1868-1931)	
Blanca como esta noche no he visto cosa alguna	60
Julio Florez (1869-1923)	
Algo se muere en mí todos los días	61

José María Pino Suárez (1869-1913)	
No eres tú la traidora, la enemiga	62
No interrumpáis con la mundana pompa	63
Enrique González Martínez (1871-1952)	
Amor me resucita y me da muerte	64
En las pálidas manos sostenía	64
Era un griego perfil: la blanca frente	65
No ha de besarme en la angustiada hora	66
Rendirse al sueño, y al cerrar los ojos	66
Julio Herrera y Reissig (1875-1910)	
La tumba, que ensañóse con mi suerte	68
Surgiste, emperatriz de los altares	68
Mirándome en lectura sugerente	69
Anoche vino a mí, de terciopelo	70
Por aquella que siempre me acompaña	70
Nada en mis labios. Nada en su mirada.	71
Ante la tumba, que el destino torvo	72
¡Mustio, fugaz y tétrico amaranto!	72
Pasó en un mundo saturnal. Yacía	73
Ya no te amaba, sin dejar por eso	74
Juana Borrero (1877-96)	
Quiero morir cuando al nacer la aurora	75
Ricardo Rojas (1882-1957)	
Noche otoñal. Afuera el viento zumba	76
Hilarión Cabrisas (1883-1939)	
Haré de ti para mi pecho escudo	77
¡Te perdí para siempre! El torbellino	77
Cuando yo muera –ha de llegarme el día	78
Alfonsina Storni (1892-1938)	
La vida tuya sangre mía abona	79
Ya te hundes sol; mis aguas se coloran	79
A Delmira Agustini	80
Juana de Ibarbourou (1895-1980)	
He de tener mis sauces, mis mastines	81
Carlos Pellicer (1897-1977)	
¿Cómo sabiendo que Tú eres la vida	82

Siento en mi desnudez, rampa y ceniza	82
Señor, tenme piedad, bajo el escombros	83
Federico García Lorca (1898-1936)	
Yo sé que mi perfil será tranquilo	84
Amor de mis entrañas, viva muerte	85
José Gorostiza (1901-73)	
¡Agua, no huyas de la sed, detente!	86
En el espacio insomne que separa	87
Luis Cernuda (1902-63)	
Vidrio de agua en la mano del hastío.	88
Germán Pardo García	
Yo le honro en mi ser y le venero	89
Hablo de una presencia desolada.	89
Encontré la grandeza en lo pequeño	90
Resplandece de hidrógeno y su llama	91
Brillar es mi destino. Soy lucero	91
De mi sabiduría es lo más alto	92
La sombra es lo más fiel a este ser mío.	93
Divulgué con pasión lo que sabía	93
Conmoción de las noches estivales	94
Púlsame como a un arpa. Fui una lira	95
Elías Nandino (1903-81)	
Está próximo el fin, ya se avizora	96
Nocturno amor: si se nos va la vida	96
¿A quién puedo acudir en mi tortura?	97
¿Cuántas transmutaciones has pasado?	98
Estoy solo en el grito inesperado	98
No sé cómo mirar para encontrarte	99
Muerte mía, disuelta en mi tortura	100
Xavier Villaurrutia (1903-50)	
Amar es prolongar el breve instante	101
Eugenio Florit (1903-97)	
Habréis de conocer que estuve vivo	102
Pablo Neruda (1904-73)	
No te quiero sino porque te quiero	103

Pablo Le Riverend (1907-?)	
Cuando el oscuro verso traslumbrado	104
Miguel Hernández (1910-42)	
Astros momificados y bravíos	105
No me conformo, no: me desespero	105
La muerte, toda llena de agujeros	106
Silencio de metal triste y sonoro	107
El toro sabe al fin de la corrida	107
Ya de su creación, tal vez alhaja	108
Umbrío por la pena, casi bruno	109
Sara de Ibañez (1910-71)	
Se abrasó la paloma en su blancura.	110
José Angel Buesa (1910-82)	
Morir de muerte en flor toda la vida	111
Clara Niggeman (1910-2000)	
Muerte, cerrando sin piedad su broche	112
Antonio de Undurraga (1911-90)	
Esta es la isla donde la semilla	113
Leopoldo de Samaniego (1913-83)	
Oigo sonar los pasos de la muerte	114
Roque Esteban Scarpa (1914-84)	
Amante vuelvo y de llorar maduro	115
Esa luna que el alma me conmueve	116
Eduardo Anguita (1914-82)	
Amé vivir en cielo inmaculado	117
Luis Beltrán Guerrero (1914-97)	
¿Cuya la forma, y la color cuál era?	118
Alí Chumacero	
Yo no estaré presente. La ilusoria	119
Juan Ramón Molina	
Corre con tarda mansedumbre el río	120
Oscar Echeverri Mejía (1918)	
Sólo pervive lo que está en mi mente	121
Arroyo que no vuelve hasta su fuente.	122
Helcías Martán Góngora (1920-84)	
Ya la tierra conoce tu secreto	123

Carilda Oliver Labra (1922)	
Ése que no dejó de ser mi amante	124
Pensar que yo estaré muerta también	124
Callados, por la tarde, gravemente	125
El alba iba creciendo poco a poco	126
Pongo otros dados en la misma suerte	126
Salen miedos casuales de mi ropa	127
Jesús Orta Ruiz (El indio Naborí) (1922)	
Vendrá mi muerte ciega para el llanto	128
Bajo la fecha de tu nacimiento	128
No me asusta morir... sólo lamento	129
—Anda por tu camino, caminante	130
Odón Betanzos Palacios (1925)	
Así es, tanto esperar para tan poco	131
No me queda otro logro que esta llama	131
Sabiendo como sé que el cuerpo es nada	132
Respiraba con un sentir tan hondo	133
Ya no puedo más; la pena me alcanza	133
Con la muerte le quedó la sonrisa	134
Ya está dicho en la conclusión del viento	135
Sálvame, Señor, del horror oscuro	135
Corredores en el tiempo, hijo mío	136
Allí estaba, con el perfil herido	137
Me llaga la agonía por los ojos	137
Cuánto dolor se reparte en mi pena	138
La aurora la mantenía en los ojos	139
Dionisio Aymará (1928-99)	
Qué asombro de tronchadas azucenas	140
Qué desesperación de vida y muerte	140
Mírame: este es el rostro donde empiezo	141
Detente, peregrino: aquí reposa	142
Alfonso Larrahona Kästen (1931)	
No importa que yo muera. No hay cuidado.	143
Me muero solamente de mí mismo	144
Patricio Huidobro (1933)	
La pasión como sombra me persigue	145

Francisco Pérez Febres-Cordero (1934-94)	
Me he sentido morir... ¡hoy lo he sentido!	146
Romualdo Suárez	
Hay que cantar sobre la tierra ajena	147
Enterraron el verde. Se lo juro.	148
Oscar Hahn (1938)	
Gladiolos rojos de sangrantes plumas	149
Círculo dan las aguas temerarias	150
Magda Stella Quintero	
Vino por fin el sueño interminable	151
El dolor se derrama como un vino	152
Raúl Hernández Novás (1948-93)	
Sombra es el día, claridad la noche	153
Sólo por tu virtud el árbol nace	153
Tiembla la luz como ala de paloma	154
No habrá lluvia de sol ni primavera	155
Veo a un niño jugar en la sonriente	155
Muchacha que me alumbra la mirada	156
Eliezer Lazo (1959-97)	149
Murió mi voz hace diez años, justo	157
Carmen Hernández Peña	
El árbol roto se deshoja en llanto	158
Adalberto Hechavarría Alonso	
Un día el corazón –y de repente	159
Pasan las horas y no explican nada	160
Ivonne Martín	
¿Por qué tardas, Amada, en preocuparme	161
Pedro Alberto Assef	
Como no dije más de aquel asunto	162
Luego andarás tú misma con mi lanza	163
Amparo Guerrero	
¿Quién cerrará tus ojos cuando mueras	164
Jerónimo Anaya Flores	
Por rubíes dilatas el veneno	165
Pasas la vida en ocios y placeres	165
Pudo ser corta la existencia o larga	166

Llamamos vida a este camino lento	167
Pues del dolor la risa nos advierte	167
Esteban Calle Iturrino	
¿Dónde estás?, me pregunto, cuando miro	169
Sobre todas las cosas de la vida	170
Julio Alfredo Egea	
Como una ola de amor, furiosa y fuerte	171
Oscar Fernández de la Vega	
Sueño helado en la sed de mi agonía	172
Angel Cuadra	
Sólo han quedado sombras y estructuras	173
Aurelio Torrente	
Amo la vida cual si el sol naciera	174
Justo Rodríguez Santos	
Grave es el bosque del olvido, hurañas	175
Antonio Requeni	
Estoy a punto de morir y digo	176
Leonildo Praglia	
El mar que yo señalo, esa tendida	177
Fernando Pereda	
Mar de mis soledades defendidas	178
José M. Oxholm	
Libre el timón, aura tiñosa en vuelo	179
Arsinoe Moratorio	
Esta es mi soledad, honda y serena	180
Mario Angel Marrodán	
Con los ojos a ciegas, con la boca	181
Brilla como un desnudo de diamante	182
Luis Ricardo Furlán	
¿De dónde la ceniza? ¿De qué fuego	183
Carlos Duguech	
Te descubro, ciudad, vas tras la fronda	184
Sara San Martín	
Crezca el amor desde su herida al sueño	185
Hugo Montes	
De primavera, amante, vas tejido	186

Ricardo Marcantonio	
¿Qué es la vida? Eterno interrogante	187
Guillermo Kaul Grunwald	
Nació la piedra y quiso quedar sola	188
José Jurado Morales	
Pero nunca en la playa del olvido	189
Fermín Jorge Elizaincín	
Pasaron las instancias de mi vida	190
Arturo Doreste	
Solo en la adversidad. Solo conmigo	191
Francisco Dibella	
Fue un sueño nada más, y sin embargo	192
Juan Antonio Ruescas	
Aguanta corazón, no pidas nada	193
Octavio Campero Echazu	
Como un río de música, a la vera	194
Benito Raúl Losada	
A piel cavada y manotazo aludes	195
Ricardo Molinari	
Si yo pudiera verte rama ardida	196
Miguel Otero Silva	
Él era trigo en bronce martillado	197
Jorge Suárez	
Este mi afán de ser escalofrío	198
Gustavo Valcarcel	
Es el mar en su cantiga azulada	199
Jorge Vocos Lescano	
Todo era igual pero le parecía	200
Rubén Failde Braña	
Elegida la noche como suerte	201
Antonio Pérez Roldán	
Elabora la llama su ceniza	202
Carlos Zamora	
Tengo todas las muertes ensayadas	203

BIBLIOTHECALIS

ANAYA FLORES, JERÓNIMO

Umbral del desengaño. Grupo Literario Guadiana. Manxa. Colección bibliográfica No. 2. Ciudad Real, España, 2001.

ANTOLOGÍA POÉTICA ESPAÑOLA

Edit. Latinoamericana. México 1971.

ASSEF, PEDRO ALBERTO

Este libro no es mío. (Inédito).

El libro de arena. Ediciones Ávila, Ciego de Ávila, Cuba, 1992.

AYMARÁ, DIONISIO –Jorge Azaf–

Huésped del asombro. Biblioteca Autores y Temas Tachirenses. San Cristóbal, Táchira, Venezuela, 2000.

ARIAS DE LA CANAL, FREDO

Antología del soneto tanático, homosexual y cósmico de Germán Pardo García. Frente de Afirmación Hispanista, A. C., México, 2002.

BETANZOS PALACIOS, ODÓN

Sonetos de la muerte. Fundación “Odón Betanzos”. New York, 2000.

BOSCÁN, JUAN

Poesías completas. Edit. Porrúa. México, 1993.

CABRISAS, HILARIÓN

La caja de Pandora. Editorial Hermes. La Habana, Cuba, 1987.

La sombra de Eros. Editorial Hermes. La Habana, Cuba, 1986.

CASA DE LAS AMÉRICAS #205. La Habana, Cuba.

CRUZ, SOR JUANA INÉS DE LA

Obras completas. Editorial Porrúa. México, 1984.

ECHEVERRI MEJÍA, OSCAR

El paso del tiempo. Poemas 1941-2001. Cali, Colombia, 2001.

EGEA, JULIO ALFREDO

Antología poética. (1953-1973). Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Almería. España, 1975.

Segunda antología poética. (1973-1988). Caja Rural de Almería. España, 1989.

FAILDE BRAÑA, RUBÉN

Sonetos perversos. (Inédito).

GARCÍA LORCA, FEDERICO

Obras completas. Ediciones Aguilar. Madrid, España, 1973.

GARCILASO DE LA VEGA

Edit. Espasa-Calpe. Madrid, 1966.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, ENRIQUE

Preludios. Editorial Porrúa. México, 1971.

GUERRERO, AMPARO

Tomado de **Correo de la poesía** N° 77. Valparaíso, Chile, 2002.

HECHAVARRÍA, ADALBERTO

Polvo temporal. Editorial Sanlope. Las Tunas, Cuba, 2001.

HEREDIA, JOSÉ MARÍA

Poesías completas. Editorial Porrúa. México, 1985.

Obra poética. Editorial Letras Cubanas. La Habana, Cuba, 1993.

HERNÁNDEZ, MIGUEL

Poesía. Edit. Presencia Latinoamericana, S. A.

Edición Dania Pérez Rubio y José Triana, México, 1981.

HERNÁNDEZ NOVÁS, RAÚL

Sonetos a Gelsomina. Ediciones Unión, La Habana, Cuba, 1991.

Al más cercano amigo. Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1987.

HERRERA Y REISSIG, JULIO

Los parques abandonados. Poesías completas. Edit. Losada. Buenos Aires, Argentina, 1942.

LARRAHONA KÄSTEN, ALFONSO

Mester de hechicería. Ediciones Correo de la Poesía. Valparaíso, Chile, 1995.

LAZO, ELIEZER

Noticias del ausente. Ediciones Vigía. Matanzas, Cuba, 1997.

LIGALUPPI, OSCAR ABEL

El soneto hispanoamericano. Fondo Editorial Bonaerense. La Plata, Buenos Aires, Argentina, 1984.

MARTÁN GÓNGORA, HELCÍAS

Tomado de suplemento **Árbol de fuego** N° 22.

MARTÍN, IVONNE

Fuente de cristal. Miami, 2001.

MONTORO, JOSÉ PÉREZ DE

Obras Póstumas Líricas Humanas de Don José Pérez de Montoro, Secretario de su Majestad. Recogidas y dada a la estampa por Juan de Moya. Madrid, España, 1736.

NANDINO, ELÍAS

Espejo de mi muerte.

Sonetos.

Nocturna palabra. Lecturas Mexicanas. 3era serie, No. 43. México, 1991.

NIGGEMAN, CLARA —CLARA LEYVA—

El libro inconcluso. Ediciones Correo de la Poesía. Separata No. 11, Valparaíso, Chile, 1985.

NORTE. Revista Hispanoamericana No. 235. Mayo-Junio, 1970.

OLIVER LABRA, CARILDA

Noche para dejarla en testamento. Ediciones Episteme, S. L. Valencia, España, 1996.

OMNIBÚS DE LA POESÍA MEXICANA

Siglo XXI Editores. México, 1972.

ORTA RUIZ, JESÚS, “INDIO NABORÍ”

Cristal de aumento. Editorial Letras Cubanas. La Habana, Cuba, 2001.

PELLICER, CARLOS

Sonetos lamentables y nocturnos. FCE, México 1994.

PETRARCA, FRANCESCO

Petrarch's Lyric Poems. Harvard University Press. U.S.A., 1976.

PÉREZ ROLDÁN, ANTONIO

El tiempo y la mirada. Devenir. Serie Poesía, No. 54. Madrid, España, 1992.

PINO SUÁREZ, JOSÉ MARÍA

Melancolías y procelarias. Ediciones Casa de San Nicolás. Morelia, Michoacán. Febrero, 2001.

POETAS NOVOHISPANOS

UNAM. México 1964.

STELLA QUINTERO, MAGDA

Balada para la entrega. Medellín, Colombia, 2001.

STORNI, ALFONSINA

Poesías completas. Sociedad Editora Latino Americana. Buenos Aires, Argentina 1996.

UNAMUNO, MIGUEL DE

Los sonetos de Bilbao.

VILLARRUTIA, XAVIER

Canto a la primavera y otros poemas.

Nostalgia de la muerte. Ediciones Coyoacán, México, 1999.

YAÑEZ, MIRTA

En el cementerio (Antología del soneto hispanoamericano).

Edit. Arte y Literatura. La Habana, Cuba 1988.

ZAMORA, CARLOS

Estación de sombras. Editorial Sanlope, Las Tunas, Cuba, 2001.

Esta edición de
500 ejemplares de
ANTOLOGÍA HISPANA
DEL
SONETO TANÁTICO
Tomo I
por
Fredo Arias de la Canal
se terminó de imprimir
el 28 de diciembre del 2002
día en que murió
la gran poeta y patriota cubana
Eulalia Curbelo Barberán.

Diseño

Iván Garmendia

Captura y revisión de textos

Juan Ángel Gutiérrez

Para la formación de los textos se utilizó la tipografía
Times New Roman de 11 puntos en el programa Word Perfect 9.

Los interiores se imprimieron en negro sobre papel cultural,
la portada a una tinta sobre papel couché.

Impreso en Prograf, S.A. de C.V.,
Imprenta y Diseño, 12 y 13 Hidalgo 547,
Ciudad Victoria, Tamaulipas.
Tels. 01 (834) 312-91-85, 312-80-77
Fax. 312-16-45